

901

Kelltom McIntire

INCIDENTE EN ROWLES PIKE



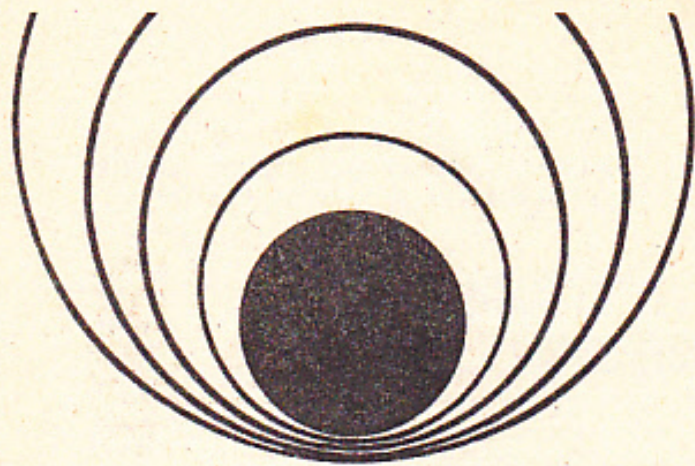
PUNTO
ROJO

INCIDENTE EN ROWLES PIKE

Kelltom McIntire

SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS





PUNTO ROJO



KELLTOM McINTIRE

INCIDENTE EN ROWLES PIKE

Colección PUNTO ROJO n.º
901 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BRAVO OESTE:

483. — La pista de los cien mil.

En Colección PUNTO ROJO:

876. — La autopsia.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.509. — Al filo de la memoria.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

988. — Pasaporte al más allá.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

170. — Trampa en Apache Creek.

En Colección COLORADO:

949. — Whisky caliente.

En Colección KANSAS:

867.— El largo camino hasta Albuquerque.

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 18.148 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: julio, 1979

© Kelltom McIntire - 1979

texto

O Desilo - 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. Parets
del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1979

CAPITULO PRIMERO

Phinks apareció en el borde de la piscina con el teléfono en la mano.

—Conferencia desde México, míster Dumbar —anunció con su voz de sargento de «marines».

El musculoso joven que retozaba en el agua junto a Millie Gardiner, nadó vigorosamente hasta el borde de la piscina y tomó el auricular que Phinks le tendía.

—Dumbar al habla.

—¡Por fin! —gruñó una voz impaciente al otro extremo del hilo telefónico—. Hace dos horas que trato de comunicarme contigo, socio. ¿Dónde diablos te habías metido?

—Calma, Bruce. Estoy en el «Yatchmen Club». ¿Qué ocurre? Tu tono de voz no es el normal...

—¿Cómo quieres que me sienta? —gruñó Bruce Packard, colérico—. Tú gozas del sol, el agua y las mujeres, mientras yo cuido de nuestros negocios.

El atlético Sean Dumbar se secó con la mano derecha el agua que resbalaba de sus cabellos. A diez metros de distancia, la provocativa Millie jugueteaba con un rubio muchacho llamado McCalls.

—Anoche todo estaba en orden. He permanecido en mi despacho hasta la una del mediodía. ¿Quieres, serenarte y explicarme de una maldita vez qué es lo que sucede? —preguntó, un tanto rabioso porque el rubio McCalls estaba permitiéndose ciertas familiaridades con la frívola Millie Gardiner.

A través del hilo telefónico le llegó el rumor distante de unas voces acaloradas.

—¿Quieres que te lo explique todo? —Packard hablaba con acento cansado, desganado—. Pues bien, nuestro transporte «TIR» número veintidós está detenido en las proximidades de San Felipe. McComb enfermó. Según el médico padece unas fiebres tifoideas. Lo hemos ingresado en un hospital próximo. Su ayudante, John Pardo, se ha fracturado dos dedos de la mano derecha al cambiar una rueda... No sé si lo recordarás, pero este camión contiene casi trescientos mil dólares en muebles de artesanía. Muebles que debían haber sido entregados a nuestros clientes hace una semana. ¡Y ahora estamos aquí, comidos de moscas, sin posibilidades de alcanzar Los Ángeles antes de veinticuatro horas!

Sean Dumbar dejó el auricular en el borde de la piscina y saltó fácilmente fuera del agua.

—¡Sean,..! —rugió su socio a través del auricular.

—Un poco de paciencia, Bruce. No hay para tanto. Antes de telefonearme a mí, ¿por qué no te comunicaste con nuestra terminal y ordenaste a Finley que te enviase un par de conductores? —preguntó Dumbar, tomando el zumo helado de piña que el amable Phinks le tendía.

—¡Piña! —chilló Packard, clarividente, al oír a su socio sobre el fragante néctar—. Tú estás tomando jugo de piña con hielo picado, pero yo llevo tres horas en la carretera, deshidratado, con la piel enrojecida y soportando las picaduras de miles de mosquitos.

—Estamos hablando de nuestro negocio, Bruce. No de picaduras de mosquitos —le reconvinó Dumbar, calmoso.

—¿Y qué quieres que haga? Mis ropas están sudadas, y yo mismo me siento sucio y grasiento. Llevo aquí tres horas, desde que unos policías de carretera se llevaron a John Pardo a un puesto de socorro... ¡Sí, sí, llamé a nuestra terminal, pero Finley me dijo que habían surgido dos portes a Las Vegas y no había conductores disponibles! ¡Por lo que más quieras, Sean! ¡Tienes que sacarme de este aprieto! ¿O es que no dividimos los beneficios entre los dos a partes iguales?

Sean Dumbar tenía sus dudas respecto a lo de los beneficios, pero comenzaba a comprender que su socio se hallaba en un aprieto.

De todas formas, insistió todavía:

—Vamos a ver, Bruce, ¿no podrías tú mismo conducir el camión hasta la terminal de Los Angeles?

—¡¿Yo?! —respondió Packard, escandalizado—. Sabes que apenas soy capaz de conducir mi automóvil automático... ¿Cómo podría llevar este mastodonte de treinta toneladas hasta Los Angeles? A los pocos kilómetros el camión y yo iríamos a parar al fondo de un barranco...

Dumbar seleccionó un cigarrillo de la pitillera de plata que el solícito Phinks acababa de traerle. Lo encendió con la llama del mechero que Phinks le ofrecía y exhaló un par de densas bocanadas de humo.

—Bien, Bruce —habló al fin—. ¿Qué es lo que me sugieres?

—¿Qué diablos sé yo? —gruñó su socio, malhumorado. Y calló. Luego, de repente—: ¡Sean! ¡Tú eras el mejor conductor de camiones de todo el estado de California! ¿Por qué no tomas un taxi, pasas la frontera y conduces el camión hasta la terminal? ¡Para ti será un juego de niños!

—¿Y para qué tengo que tomar un taxi? —respondió—. Tengo mi coche.

—Si vienes hasta San Felipe en tu automóvil, ¿quién lo

devolverá a Los Angeles si tú conduces el «TIR»? Compréndelo, es mejor que vengas en un taxi, de esta forma no tendrás que gastar dinero en contratar a uno de estos mexicanos para que conduzca tu coche de vuelta a Los Angeles. Es lo más lógico.

Sean hinchó su poderoso tórax de aire puro.

—Bruce, me estás fastidiando —dijo al cabo, expeliendo con fuerza el oxígeno que contenían sus pulmones.

—¿Qué?

—Me estás hartando. No vales para nada, querido socio. Para mí, sería un juego de niños resolver ese problema que a ti se té antoja insoluble. En realidad, no sé cómo me asocié contigo...

—¡Sean...!

—Escúchame. Yo puse el setenta por ciento del dinero en nuestra empresa, yo puse el ochenta por ciento de mi inteligencia y el cien por cien de mi rendimiento personal... ¿Y tú, qué pusiste? Organizaste unas oficinas lujosas, te rodeaste de secretarias de cabellos platinados y de jóvenes contables de aspecto equívoco. Y cuando surge el más pequeño problema, eres incapaz de resolverlo —habló Dumbar con energía.

—Sean, no voy a permitirte...

—¡Claro que me permitirás todo lo que yo quiera decir! Te interesa demasiado como para romper nuestra sociedad. Apenas hace dos semanas me rogaste que te concediera un crédito personal sin ninguna garantía. Invocando que ibas a hacer el negocio del año, conseguiste que te entregase todo el dinero de que disponía: novecientos mil dólares. Dime una cosa, Bruce... ¿qué negocios puede hacer un hombre que se dedica al comercio y al transporte y se confiesa incapaz de conducir un camión a lo largo de apenas quinientos kilómetros...?

—El dinero que me dejaste supone un favor personal. Nada tiene que ver con nuestros negocios en común —protestó Packard—. Y no te preocupes, te devolveré tus novecientos mil dólares en la fecha prevista. Pero además...

—¿Además, qué?

—Tendrás tus beneficios, Sean. Desde el primer momento, pensé que debía compensar tu confianza en mí con algo tangible, es decir: dinero. ¿De qué puedes quejarte? En seis meses tus novecientos mil dólares te habrán rentado cien mil.

—Lo dudo.

—¿Crees que me hubiera embarcado en un negocio incierto? Tú sabes muy bien, querido Sean, que Bruce Packard no es un hombre que derroche el dinero...

—Eso ya me convence más. Pero no perdamos el tiempo. Puesto que tú eres incapaz de resolver el problema, iré a San

Felipe.

—¡Uf! —rezongó Packard—. Me quitas un tremendo peso de encima. No tardes, por favor. No quiero separarme del camión. Ahora llevo diez minutos en esta cabina telefónica y me siento nervioso.

—¿Por qué? —inquirió Dumbar. Phinks llegó en ese momento y le ofreció un martini seco con una aceituna sevillana.

—¿Tú me lo preguntas? Durante los últimos meses, cinco de nuestros transportes «TIR» han sido asaltados y desvalijados en plena ruta...

—Nosotros no perdimos nada. El seguro está para eso: para amparar nuestras mercancías contra los ladrones —arguyó Dumbar.

—Sí, pero...

—¿Qué? ¿Hay algo que no esté claro?

—El seguro del veintidós. Debía haberse negociado el viernes pasado, pero Grace Mulligan se olvidó de realizar las gestiones. Lo creas o no, el cargamento del «TIR»-22 viaja sin seguros. Por eso estoy temblando, temiendo que alguien ponga sus ansiosos ojos sobre nuestro camión..

Dumbar ahogó una palabrota entre sus labios.

—Ese es el resultado de tu eficiente burocracia de lujo —masculló, violento.

—No discutamos, por favor. ¡Estoy asándome dentro de esta cabina, Sean! ¿Vas a venir por fin? —gimió Packard.

—Iré —cedió Sean Dumbar—. ¿Dónde está exactamente el camión?

—A unos ocho kilómetros de San Felipe, dirección norte. Date prisa, estaré aguardándote.

—Voy para allá —respondió Dumbar. Pero apenas podía disimular su fastidio. Poniéndose en pie por fin, tendió el vaso vacío a Phinks y rogó:

—¿Quieres encargarme un taxi? Tardaré cinco minutos. El tiempo suficiente par tomar una ducha y vestirme.

—Sí, señor Dumbar —respondió Phinks. Y ambos se alejaron en direcciones distintas.

En un extremo de la piscina, Millie Gardiner buceaba junto al rubio McCalls. Cuando emergía del agua, la opulenta jovencita dejaba escapar ruidosas risitas de placer.

CAPITULO II

A las cinco de la tarde, el taxi amarillo se detuvo junto al gran camión articulado.

Más allá, bajo la exigua sombra de un esquelético eucalipto, se veía un «Ford» azul. Dentro estaba Bruce Packard, chupando ansiosamente del gollete de una botella de agua mineral.

Sean pagó al taxista, murmuró unas palabras de despedida y se apeó. El sol pegaba fuerte, inclemente. A las cinco de la tarde, el termómetro señalaba aún cuarenta grados de temperatura.

Antes de reunirse con su socio, Sean se detuvo junto al camión y echó una mirada crítica al vehículo. Los neumáticos estaban hinchados a la presión justa y todo parecía en orden.

Sean contorneó el gran vehículo y se detuvo junto al portón trasero de carga. Los precintos «TIR»⁽¹⁾ estaban intactos. Sean arrojó su cigarrillo a tierra y lo apagó prudentemente con la puntera de su flexible mocasín. Luego se inclinó y recogió algo del suelo. Un pedazo de alambre retorcido.

(1) Sistema de transportes internacionales por carretera que no precisa inspección pericial aduanera. Un inspector de aduanas registra y certifica la carga en el punto de partida y los oficiales de aduanas sólo tienen que verificar los precintos del portón de carga y los documentos pertinentes.

En aquel momento, Bruce debió verle porque se oyó su grito atiplado:

—¡Eh, socio, estoy aquí!

Sean caminó indolentemente hacia el «Ford» azul.

—¡Al fin! —rezongó Bruce, sudando como un pollo.

Mirándole, Sean se preguntó por qué unos años atrás había aceptado asociarse con Bruce Packard. Entre los dos hombres no existía un solo punto en común, a excepción de la afición al dinero, los negocios y la buena vida.

Sean Dumbar era alto, atlético, moreno, nervioso. Sus ojos grises, profundos, emanaban seguridad, dureza y simpatía y su presencia entera rezumaba vitalidad, fortaleza y decisión.

Bruce Packard era el polo opuesto: de mediana estatura, cabellos débiles, pajizos, ojos de un azul desvaído y rostro de albino, descolorido. Tenía una contextura inconsistente y sus manos gordezuelas estaban siempre húmedas, lo que le obligaba a tener constantemente un pañuelo en ellas, para enjugarse la copiosa exudación. Packard vestía un traje gris claro, veraniego, pero ahora absolutamente arrugado y grasiento. A pesar de los cuarenta grados a la sombra, mantenía sobre su cráneo aquel sombrero de paja. Cuando se despojó de él para darse aire en la cara, sus escasos cabellos aparecían planchados y húmedos sobre

el cráneo.

—Todo está en orden —anunció a Dumbar—. La documentación está en la cabina. Echa un vistazo al camión y salgamos zumbando. Yo me adelantaré. Nos veremos en la terminal esta misma noche.

Packard puso el motor en su coche en marcha.

—Pareces muy nervioso, socio —comentó Dumbar—. ¿Por qué? ¿No me ocultas algo?

—¿Qué diablos podría ocultarte? —se encrespó Packard—. Tus intereses son los míos, ¿o no? Y ya ves que yo me ocupo de nuestro negocio. Dime, ¿Cómo te sentirías tú después de seis horas al sol, en ayunas, sediento, deshidratado, cansado, rabioso...?

Dumbar sonrió.

—Está bien. Sal zumbando. Nos veremos esta noche —dijo.

—Bien —gruñó Packard. Y sin cerciorarse de si la carretera estaba libre, aceleró y su automóvil avanzó potente y se perdió en la primera curva.

Sean rodeó el camión, orinó sobre los altos neumáticos y luego dirigió un vistazo final al vehículo.

Cuando ascendió a la cabina, se apercibió de que aún llevaba entre los dedos aquel pedacito de alambre retorcido. Lo arrojó al suelo, arrancó el motor, puso el aire acondicionado y tras asegurarse de que no venía ningún vehículo en ambos sentidos, alcanzó la carretera.

No quería distraer su atención con pensamientos desagradables, a pesar de lo cual no pudo evitar que aquella idea diera vueltas una y otra vez en su cerebro:

«Bruce no vale para nada. Basta con dejarle unas horas al cargo del negocio para que algo falle. Creo que no busqué al socio ideal...»

Bruce se ocupaba de las finanzas, de la administración. Y sobre todo, de tener un despacho lujoso, impecable, más parecido a un *meublé* de lujo que a una verdadera oficina. Padecía una obsesión enfermiza porque sus empleados vistiesen impecablemente y presentasen una presencia física sin tacha. Pero los negocios...

A pesar del aire acondicionado de la cabina, Sean sudaba copiosamente, aunque vestía un pantalón muy fresco, un fino suéter de manga corta y un ventilador auxiliar arrojaba un chorro de aire sobre su rostro.

A las siete y media, el camión se detenía en la frontera Tijuana-San Diego. Conocedor de las normas, Sean no penetró en los carriles especiales para los transportes normales, sino que avanzó directamente hacía el puesto de vigilantes norteamericanos.

Cuestión de trámite: apenas tendrían que inspeccionar la documentación propia de un transporte «TIR», y continuar su viaje. Tomó, pues, la carpeta con los documentos y descendió de la cabina, deseoso de acelerar los sencillos trámites aduaneros.

En seguida intuyó que algo no iba bien. Media docena de vigilantes armados rodeaban el camión.

—Venga conmigo —ordenó fríamente un oficial.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sean, impaciente.

—Nada, por el momento; una simple comprobación. ¿Quiere seguirme?

Sean anduvo en pos del oficial. Penetraron en una estancia del edificio de aduanas.

—Siéntese —le indicaron.

Obedeció de mala gana. Dos agentes armados penetraron en la estancia y le vigilaron sin disimulos.

El oficial estaba telefoneando. En seguida colgó y salió.

Apenas tardó cinco minutos en volver. Tenía el rostro descompuesto y las manos temblorosas.

—¡Espósenle! —ordenó a los agentes. Miró fríamente a Dumbar y pronunció—: Sean Dumbar, queda usted detenido como sospechoso de asesinato y tráfico de estupefacientes.

Sean tensó los hombros, frenético.

—¿Qué estupidez es ésa, oficial? ¿Quiere explicarse? —chilló.

—Será usted quien tenga que explicar muchas cosas. El juez está en camino. El le explicará todo.

A pesar de sus protestas, Dumbar fue encerrado en un calabozo. Media hora después, fue sacado de él y llevado hasta un edificio cercano. Dumbar vio su camión dentro. Habían roto los precintos «TIR» y el portón de carga. Sobre el piso del capitoné se veían dos cuerpos inmóviles, tendidos. Junto a ellos, dos grandes fardos en sacos de plástico y dos saquitos que contenían un polvillo blanco.

Un policía le empujó hacia adelante. Un caballero de unos cincuenta años pulcramente vestido se acercó a él:

—Soy Edward Blake, juez del distrito. Señor Dumbar, ¿reconoce usted a estos dos hombres? Ayúdenle a subir.

Dos policías le tomaron por los codos y le impulsaron arriba a través de la escalerilla que habían colocado al efecto.

A Dumbar le palpitaban locamente las sienes.

—Mire esos rostros. ¿Los reconoce?

Muy pálido, Sean movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Sí, son dos de mis empleados. Uno de ellos es Charles McComb, el otro se llama John Pardo —respondió.

—Bien —dijo el juez Blake—. Llénenle al coche celular. Le interrogaré en la ciudad.

Le obligaron a descender sin cortesía.

—Pero ¡oiga! ¡Esto es absurdo! Yo no tengo nada que ver, yo...
—protestó airadamente.

—No se preocupe —respondió Blake, con voz fría—. Todo se resolverá en San Diego.

* * *

Dumbar caminaba hacia el locutorio de jueces y abogados, escoltado por un funcionario de prisiones.

Se abrió una puerta. Dumbar atisbo con ansiedad y dejó escapar un suspiro al reconocer a Mark Aswell.

El abogado se puso en pie al verle entrar, le tendió la mano y contempló, impresionado, las demacradas facciones de Dumbar.

—Siéntate, Sean —le invitó Aswell. Y cuando el funcionario cerró la puerta blindada desde el otro lado, exclamó—: No tienes muy buen aspecto, pobre amigo mío...

Dumbar se dejó caer sobre la silla metálica.

—¿Cómo quieres que esté? No fueron muy amables los policías que me interrogaron. Se impacientaban cuando yo negaba sistemáticamente haber asesinado a McComb. Dije la verdad: era evidente que mi socio, Bruce Packard, me había tendido una sucia trampa, ignoro con qué fin...

Aswell puso sobre la mesa un paquete de cigarrillos y un pequeño estuche de fósforos de papel. Avidamente, Dumbar sacó un cigarrillo y fumó con ansiedad.

—No voy a engañarte, Sean —afirmó el abogado—. Si me he hecho cargo de tu defensa, se debe únicamente a que fuimos buenos amigos durante el servicio militar. Pero debo reconocer que todo está en contra de ti. Hice lo que me encargaste: tratar de probar la presencia de Bruce Packard en México el pasado día quince. He consultado los registros de frontera hasta más allá del estado de Arizona. Nada. No hay evidencia de que Packard viajase a México por esas fechas. Y eso sólo Sirve para perjudicarte.

—Ya veo —murmuró Sean, con tristeza—. Pero tú lo sabes todo. Packard me llamó; exigió que viajase hasta San Felipe para conducir el camión, puesto que arguyó que los dos conductores del «TIR»-22 habían sido hospitalizados por distintas causas.

—Yo sé lo que tú me has dicho, pero es preciso probarlo. ¿Hay algún testigo de vuestro encuentro en las proximidades de San Felipe? —preguntó Aswell.

—¡El taxista que me llevó allí! —exclamó Dumbar, esperanzado—. ¡Sí! ¿Cómo he podido ser tan estúpido? Era un hombre de unos cuarenta años, robusto, moreno. Un chicano, sin duda. Su coche era un taxi amarillo de la Yellow Cars.

—Me ocuparé de ello. En cuanto a las diligencias... El juez Blake ya ha establecido su hipótesis. Piensa que los dos conductores se negaron a romper los precintos, a cargar los cien kilos de marihuana y los dos paquetes de cocaína. Y que tú los asesinaste para evitar que McComb y Pardo pudieran denunciarte...

Dumbar ocultó el rostro entre las manos.

—¡Dios mío! ¿Cómo iba a hacer tal cosa? Charles McComb y John Pardo no eran unos simples empleados... ¡eran mis amigos! Yo los estimaba, les conocía de antiguo. ¿Quién, sino un loco, podría imaginar que yo iba a asesinar a dos viejos amigos? —se desesperó Sean.

Aswell le escuchaba en silencio, sin intervenir.

Dumbar aplastó su cigarrillo en el cenicero de metal y encendió otro con dedos inseguros.

—Pero además... ¡era imposible! —arguyó, esperanzado— Al parecer, McComb y Pardo estaban muertos cuando yo llegué. Packard los había metido en el capitoné, después de falsear los precintos... ¡el pedacito de alambre que encontré en el suelo! Para el juez, será fácil comprobar que a la hora en que murieron mis dos empleados, yo no había cruzado siquiera la frontera de Tijuana.

Aswell consultó uno de los documentos que tenía en su carpeta de cuero.

—Tu paso por la frontera, camino de San Felipe, está registrado a las cuatro de la tarde del día quince. Según el informe forense, McComb y Pardo murieron entre las cinco y las seis de la tarde del mismo día. Por tanto, para el juez, *tú pudiste asesinarlos* —pronunció.

—¡Pero yo no lo hice! Escucha, Mark, tienes que ocuparte de Packard. Investiga, interrógale, terminará confesando. Sólo Bruce sabe todo lo que el juez necesita saber —exclamó Sean, fogosa y desesperadamente.

El abogado consultó su reloj.

—Me temo que nada pueda hacer en relación con Packard. Es un hombre muy hábil, diabólicamente hábil. Y tiene una coartada perfecta: dispone de testigos que juran que Bruce Packard permaneció todo el día, hasta las siete de la tarde, en sus oficinas...

—¿Quiénes son esos testigos?

—Dos de sus empleados administrativos, unos jóvenes de aspecto afeminado. Se llaman Ted Richards y Bob Perkins. Han firmado declaraciones en tal sentido —afirmó Aswell.

—¡Ese par de mariquitas...! —exclamó Dumbar, rabioso—. ¡Mienten, Mark, están mintiendo. Pero yo tengo otras pruebas.

—Explícate.

—La llamada telefónica de Packard al «Yatchmen Club». La encargada de la centralita debió registrarla. ¡Haz algo, entévístate con ella! —suplicó Dumbar, exasperado.

—Ya lo hice, cuando tú mencionaste la conferencia en nuestra anterior entrevista. La chica dice que nadie puso una conferencia a tu nombre y menos desde México.

—Pero Phinks...

—A Phinks lo han despedido. Fui a verle a su domicilio. Su patrona me informó de que Phinks había liquidado su cuenta y abandonado la ciudad, sin dejar sus señas.

—¡Eso es obra de Bruce! ¡Los ha sobornado a todos, les ha metido puñados de billetes en la boca para impedir que hablen, que digan la verdad! —gritó Sean.

—Es posible, pero ello no hace sino cerrarnos las rendijas que quedaban. Al parecer, Packard no ha dejado nada al azar...

El pecho de Sean se hinchó y sus ojos grises despidieron chispitas.

—¡Ese canalla! Poco a poco voy entendiéndolo todo. Tiene una mente fría como la de una serpiente. Día a día, minuto a minuto, fue fabulando sus trampas para arruinarme. Y yo, estúpido de mí, caí en ellas como un novato.

El abogado sacó un documento de su cartera.

—Hay algo que debes saber: Dos semanas antes de que fueras detenido, Packard registró ante notario un documento por el cual vuestra sociedad quedaba disuelta. Por supuesto, Packard ha negado ante el juez que tú le hicieses un préstamo personal de novecientos mil dólares. ¿Cómo no le exige un simple recibo, un pagaré, Sean? —le reprochó Aswell.

Dumbar inclinó la cabeza sobre el pecho.

—Tú me conoces bastante bien, Mark —respondió, desganado—. Siempre confié en mis amigos. Para mí bastaba con su palabra. Por eso no exigí ningún documento a ese monstruo.

—Y él se ha aprovechado de ti convenientemente. Packard asegura que acordó disolver la sociedad cuando tú te negaste a devolverle las cantidades que te había prestado bajo palabra...

—¡Pero si las cosas son justamente al revés! —gritó Sean.

—Sí, pero Packard se ha aprovechado del hecho de que tú estés en prisión, acusado de asesinato y tráfico de estupefacientes. ¿No

lo comprendes? El juez concederá siempre más crédito a las declaraciones de un tipo como Packard, que a un acusado como tú. De todas formas...

—¿Qué?

—Hay algo a tu favor. La policía ha buscado tus huellas en el portón del camión, en su interior... Pero no han encontrado más que las de McComb y John Pardo. Eso nos da cierta esperanza de eludir una condena por doble asesinato. También he podido comprobar otra cosa.

—¿Otra cosa?

—Los transportes «TIR» de vuestra sociedad viajaban constantemente sin seguros, lo he sabido a través de la compañía aseguradora. Por desgracia, esto no valdrá nada contra Packard, pues ese tipo de seguros no es obligatorio.

—¡Packard! —rezongó Dumbar salvajemente—. El muy cochino ha estado mangoneando el negocio a mis espaldas. ¡Y pensar que yo confiaba ciegamente en su honradez...! Si pudiera verle cara a cara... ¡le estrangularía con mis propias manos!

Aswell se puso en pie.

—No te aconsejo que te dejes llevar por la ira, Sean. Por el contrario, procura dominarte cuando comparescas a juicio. Caso contrario, tu estado de ánimo influiría negativamente en el jurado —explicó.

También Dumbar se puso en pie. Por un momento pareció vencido, arruinado y desalentado. Pero inmediatamente irguió la cabeza y cuadró los hombros con energía.

—Sí —asintió—. Tienes razón, no me dejaré ganar por el desaliento ni me dejaré llevar por la ira.

—Hasta pronto, Sean. Ten confianza —recomendó el abogado.

La puerta se abrió.

—Un momento, Mark —le detuvo Dumbar—. Ignoro cuándo podré pagarte. Mi cuenta bancaria, apenas tres mil dólares, está intervenida por el juez. También han intervenido mi coche, mi motora e incluso mi casa...

—No te atormentes ahora —sonrió Aswell—. Puedo pasar sin tu dinero. Sólo me interesa sacar tu caso adelante en lo posible.

—Gracias —respondió Dumbar. Y se alejó, escoltado por el guardián.

CAPITULO III

Siempre había alentado la esperanza de que —en el último momento— surgiese una prueba reveladora o un testimonio mediante los cuales conseguir ser declarado inocente, y en consecuencia, la libertad.

Pero las cosas no se habían desarrollado de acuerdo con sus esperanzas. E incluso así podría darse por satisfecho: gracias a la brillante actuación de Mark Aswell, Dumbar había sido absuelto de la acusación de asesinato, por falta de pruebas.

Sin embargo, no pudo eludir la condena a quince años de reclusión por el delito de tráfico de estupefacientes.

Antes de ser trasladado a San Quintín, el abogado Mark Aswell vino a despedirse de él.

—Seguiré ocupándome de ti, Sean —le prometió Aswell—. Pero necesito tu colaboración: 'es preciso que afrontes la prisión con serenidad y que tu conducta sea buena. Cuando pase algún tiempo pondré en juego mi prestigio y mis resortes legales para conseguir que tu condena sea rebajada.

—No sé cómo podré pagarte todo lo que haces por mí —respondió Dumbar, íntimamente agradecido.

—Me pagaste por anticipado con tu amistad, amigo mío. Y otra cosa: discretamente pensaba vigilar a Packard con el fin de llegar más al fondo del asunto, en el caso de que él cometiera algún desliz. Pero va a resultarme imposible: tu antiguo socio ha liquidado todos sus negocios de Los Angeles y ha desaparecido, nadie sabe con qué rumbo —le informó su abogado.

Poco después se despedían. De vuelta a su celda, Dumbar pensaba en Bruce Packard.

—Así que la rata ha huido... No importa, cuando salga de la cárcel, yo conseguiré encontrarle —se propuso.

* * *

Fueron unos años muy duros. Privaciones, ambiente duro y desagradable, humillaciones, soledad.

Por encima de todo, soledad. Y rabia, y frustración.

Mark Aswell venía a verle un par de veces al año. Solía traerle cigarrillos y algunas revistas, pero sobre todo la presencia de Aswell suponía una ráfaga de aire puro y vivificado en la atmósfera corrompida y ácida de la prisión.

A los tres años de cárcel, Dumbar había conseguido dos

reducciones de conducta: una de ellas en virtud de su colaboración en la extinción de un incendio declarado en los talleres. Aquel fuego dejó una larga cicatriz en su espalda, pero supuso una reducción de dos años en su condena. Por otra parte, Aswell le había recomendado que se ofreciese como donante de sangre. Su factor Rh-0 negativo era uno de los grupos más escasos, por lo que sus donaciones eran de altísimo interés en los hospitales y clínicas del estado de California. Cuando contabilizó la donación número treinta, Aswell dirigió una petición al Secretario de Justicia, que concedió a Sean Dumbar un indulto equivalente a un año menos de condena.

Sin embargo a Sean Dumbar aún se le antojaba remota la fecha en la que podría gozar de libertad. En prisión, cada día semejaba una eternidad, cada mes un plazo de tiempo inextinguible.

El ambiente en la galería 4.a no era el más propicio para la convivencia: homosexuales, asesinos, atracadores, proxenetas...

En la 4.a galería, las peleas eran frecuentes. No era extraño encontrar en los urinarios a un tipo con la barriga abierta a navajazos, o a dos reclusos entregándose a actos sexuales inconfesables.

Era preciso recubrirse de una coraza de indiferencia y dureza para evitar que el corrompido ambiente le destruyera a uno. Y Dumbar consiguió sobrevivir pese a todos los obstáculos.

Había logrado hacerse respetar a puño limpio, a patadas o a mordiscos, según se desarrollasen las trifulcas. A» los cuatro años de prisión, era un tipo temido y respetado, a quien los camorristas procuraban evitar.

Un día le pareció ver una cara conocida entre los recién ingresados que ocupaban las celdas del período de observación. Durante varias horas trató de colocar un nombre a aquel rostro barbilampiño, de cejas cuidadosamente depiladas y ojos huidizos.

Casi toda la noche permaneció en vela, dándole vueltas en la cabeza a aquel asunto. Muy cerca del amanecer obtuvo la respuesta que pedía a su memoria:

—¡Sí, es él! Bob Perkins, uno de los atildados jovencitos de la oficina de administración en mi antiguo negocio.

Lo vio al día siguiente. Y ya no tuvo dudas: era Bob Perkins, uno de los administrativos del consorcio Dumbar-Packard, que había atestiguado en el juicio a favor de Bruce.

Sigilosamente, Sean consiguió averiguar el motivo del ingreso en prisión de aquel individuo: violación de un menor.

Esperó pacientemente a que Perkins cumpliera el plazo de su período de observación. La suerte le favoreció: Perkins fue destinado a la 4.a galería.

Aunque lo disimulaba, su antiguo empleado también había reconocido a Dumbar. La prueba irrefutable de ello era que Perkins se las veía y se las deseaba para rehuirle constantemente. Procuraba formar siempre lejos de él y volvía el rostro cuando casualmente se tropezaban.

Una mañana, Dumbar no se alzó de su lecho cuando sonó la sirena de diana. El oficial Brando penetró diez minutos después en su celda y rugió:

—¡Arriba, Dumbar! ¿O prefieres que te saque de la cama a patadas?

—No puedo, señor —respondió Sean con voz átona—. Tengo papeas.

Brando penetró en la celda. Desconfiado, retiró las mantas que cobijaban a Dumbar y le observó: en efecto, el recluso mostraba unas significativas protuberancias bajo la mandíbula inferior.

—Ya veo —gruñó—. Pero no creas que voy a enviarte a la enfermería. Quédate en la cama. Te enviaré a un enfermero.

Cuando Dumbar quedó solo en la celda, introdujo sus dedos en la boca y extrajo las dos grandes bolas de goma de mascar que había mantenido ocultas bajo las glándulas salivares.

El guardián Brando debió olvidarse de él, puesto que hasta el mediodía nadie apareció en su celda. Un recluso le sirvió (con ciertas precauciones para no contagiarse) un plato de sopa, un filete durísimo y un huevo cocido.

A las siete de la tarde le sirvieron el rancho de la cena. Dumbar lo vertió en el retrete. E inmediatamente se trasladó sigilosamente a la celda número 403.

Sonó la sirena de recuento. Poco después se oyó el rumor que producían los presos al ascender las escaleras de hierro, camino de sus celdas.

Y de repente, Bob Perkins penetró en la «chabola» 403. Dumbar le apresó por el cuello, le introdujo violentamente la cabeza en la taza del retrete y oprimió el botón del agua.

Perkins se retorció como una serpiente, a punto de ahogarse. Pero Dumbar le mantuvo treinta segundos en aquella posición hasta que Perkins comenzó a agitarse en espasmos. Entonces tiró de él y le arrojó sobre uno de los camastros de un salvaje empellón.

—Ahora ya sabes de lo que soy capaz, querido Bob —murmuró con voz tajante—. Ya sabes lo que quiero: habla.

Perkins se inclinó hacia adelante y vomitó el rancho de la cena. Pero cuando Sean avanzó hacia él, se incorporó de un brinco, aterrado, y chilló:

—¡No... no me toque! Le diré lo que desea saber.

Apenas fueron cinco minutos, el plazo que tardarían los guardianes en cerrar las celdas, una vez realizado el recuento. Pero en aquel breve espacio de tiempo, Bob Perkins habló y habló sin detenerse.

Finalmente, Dumbar se despidió cuando escuchó en el pasillo de la galería la bronca voz del oficial Brando.

—Volveremos a conversar, querido Bob —anunció, mirándole fijamente—. Te prevengo: es mejor que mantengamos este asunto entre los dos. Caso contrario...

Sean dirigió una rápida mirada al retrete y aquello fue suficiente para que el afeminado Bob Perkins se estremeciera.

—No, se lo juro. A nadie diré una palabra —prometió, aterrado.

Sean se escurrió fuera de la 403 y en diez segundos alcanzó su celda y se metió en la cama.

Una hora más tarde, Sean rememoró en el silencio absoluto las declaraciones de Bob Perkins:

—Sí, el señor Packard nos pagó para que prestáramos falso testimonio. Yo sabía que él había salido de viaje hacia México a las diez de la mañana del día 15. Pero, compéndalo, nos amenazó con el despido. Si accedíamos a sus deseos recibiríamos cinco mil dólares cada uno.

—Pero ¿por qué, por qué hizo aquello? El tenía toda mi confianza, yo le saqué de la miseria, le di a ganar dinero, prestigio...

—¿No lo ha adivinado todavía, señor Dumbar? Bruce Packard le odia. Le envidiaba a muerte porque usted tiene todo lo que él jamás pudo tener: un físico viril, atlético, agradable. Éxito personal en los negocios, en las relaciones sociales, éxito con las mujeres. Usted es un hombre atractivo, guapo, agradable, simpático... El es todo lo contrario: desagradable, introvertido, huraño, indeciso, vulgar.

—¿Me odiaba? Nunca lo hubiera creído. En cualquier caso, sabía disimular muy bien.

—Sí, Bruce Packard sólo posee la virtud de la astucia, el disimulo, el cinismo, la adulación, la acción solapada y artera —declaró Perkins—. Lo que más deseaba en este mundo era rengarse de usted.

—¿Qué clase de venganza? Yo sólo le hice bien.

—Precisamente por eso le odiaba a muerte: porque usted era leal y abierto y Packard sólo sabía incubar rencores. Lo demás ya lo sabe: hábilmente le tendió una trampa en la que usted cayó confiadamente.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme? No sé por qué, pero sospecho que Bruce cometió docenas de irregularidades a mis

espaldas...

—Bueno... Yo logré informarme de muchas cosas. Por ejemplo: acerca de los asaltos a los camiones del consorcio, del robo de las mercancías...

—¡Habla!

—Es fácil: Bruce contrataba a unos hampones especializados en esos golpes. Cuatro o cinco hombres se dividían el trabajo. Un coche adelantaba al camión por la noche y se cruzaba ante él. Otro cortaba la retirada por detrás. Golpeaban al conductor y a su ayudante y trasladaban la carga a otro vehículo, oculto en las proximidades del lugar del asalto. Packard hacía pasar la carga como géneros comprados legalmente y repartía con sus cómplices la cantidad obtenida. Era un negocio fácil y remunerador, con escasos riesgos para su ex socio. Aunque el negocio no debió satisfacer del todo a Packard, porque en seguida se dedicó a importar mercancía más rentable.

—¿Qué clase de mercancía?

—¿No lo ha adivinado? Estupefacientes. Un día recibió en su despacho a un imponente caballero mexicano. Según deduje, se trataba de un oficial de aduanas. Era el hombre clave en el negocio de los estupefacientes: el oficial de aduanas le facilitaba los precintos legales para transportes «TIR», de forma que su socio sólo tenía que romper los precintos originales, cargar la «mercancía» y colocar unos precintos nuevos —explicó Perkins.

—Muy interesante. Ha debido ganar mucho dinero con sus sucios negocios realizados a mi espalda —comentó Dumbar.

—Más del que usted o yo podríamos calcular. Quizá cuatro o cinco millones en menos de seis meses —respondió Perkins.

—Bien. ¿Dónde está ahora? Mi abogado me informó de que Packard había desaparecido de Los Angeles. ¿Adónde fue?

—Lo ignoro. Créame, ¡le digo la verdad! —se apresuró a insistir Perkins al ver que Dumbar cerraba los puños—. De repente, un día todos los empleados recibimos la notificación de despido y al día siguiente habían desaparecido los ficheros y archivos. Unas horas después, una nueva empresa venía a ocupar las instalaciones. Desde luego, es cierto que recibimos una generosa indemnización de despido, supongo que más que por prodigalidad, por conseguir que siguiéramos callando lo que sabíamos. Bruce Packard ni siquiera se despidió personalmente de nosotros. Recibimos una carta en la que nos deseaba suerte y éxito en nuestros nuevos empleos. Y nunca más volvimos a verle. Desapareció como si se lo hubiese tragado la tierra.

—Ojalá fuera verdad —apostrofó Dumbar.

Ahora, en la soledad de su camastro, Sean se sentía, a pesar de

todo, satisfecho. Porque conocía las razones que habían impulsado a Packard a hundirle: la envidia y el odio.

El tiempo siguió transcurriendo en la prisión con desesperante lentitud. Los días, las semanas, los meses... Un día era igual a otro, un mes tan monótono y triste como el siguiente.

Y de repente, sin previo aviso, *la libertad*.

Mark Aswell había cumplido su palabra: la libertad condicional estaba conseguida.

Algunos presos abandonan la cárcel tras una larga condena con el decidido propósito de volver a delinquir; otros, se han hecho a sí mismo la promesa de rehacer sus vidas. Pero para Sean Dumbar sólo existía un fin: vengarse de aquel canalla llamado Bruce Packard. Aunque se hubiera escondido en los mismos infiernos, Sean estaba seguro de que antes o después volvería a verse frente a su antiguo socio.

Y entonces...

CAPITULO IV

Sin embargo. Sean era consciente de que no debía arriesgarse. Durante un año a partir de su salida de la prisión debería vivir bajo el control de su tutor: era una condición para gozar de la libertad condicional. Ello suponía, si su trabajo se lo permitía, que tendría que presentarse ante su tutor una vez por semana, al menos.

Revalidó su permiso de conducir y obtuvo sin grandes esfuerzos trabajo como conductor para una empresa de autocares. No podía desplazarse a más de cien kilómetros de Los Angeles. Y cumplió a rajatabla las instrucciones recibidas.

A los tres meses de trabajo, recibió autorización para hacer viajes más largos. En lugar de conducir autocares, Dumbar prefirió camiones articulados de gran tonelaje que cubrían rutas de miles de kilómetros de recorrido.

Era lo que más había deseado. Voluntariamente se ofrecía para llevar las más peligrosas cargas a los sitios más distantes. Pero con una particularidad: Sean procuraba que siempre le adjudicasen un punto de destino diferente.

Y así viajó a Arizona, a Texas, a Florida, a Oregon, a Nebraska, a Colorado...

¿Por qué? Sencillamente, sus constantes desplazamientos le permitían llevar a cabo discretas pesquisas para averiguar el paradero de Bruce Packard. Dumbar no tenía prisas; sabía que el tiempo obraría a su favor.

A finales de verano la suerte le fue propicia. Acababa de descargar treinta toneladas de manzanas en la terminal de Denver (Colorado) y decidió dar una vuelta por las calles más céntricas de la gran ciudad, pues no volvería a Los Angeles con una carga de canales de vacuno hasta el día siguiente.

Se alojó en un hotel discreto, tomó un baño, se vistió y salió a la calle. Lo primero que hizo fue repasar la guía telefónica en un *snack-bar*. Era su primer paso cuando llegaba a una ciudad desconocida. Sin embargo, no encontró al Packard que le interesaba.

A lo largo de las primeras horas de la noche vagó de un extremo a otro de la ciudad. Y luego, ¡la casualidad y la suerte!

Es curioso que a veces nos pierdan nuestras manías más inveteradas. Y eso era lo que debía ocurrir con Bruce Packard.

De repente, los ojos de Dumbar se posaron sobre un bellissimo «Continental» azul automático. Era una manía de Packard: siempre había tenido coches de color azul. Y automáticos, porque era un pésimo conductor.

Sean atisbo, curioso, a través de los cristales grises. En la bandeja, bajo el papel de instrumentos, un paquete de «John Player» número 5, el tabaco preferido de Packard.

Dumbar husmeó y olfateó con ansiedad a través de uno de los cristales, bajado unos centímetros. El denso aroma de «Imperator», la mareante colonia que usaba Bruce, impregnó su nariz.

«No pueden darse tantas casualidades inútilmente —pensó Sean—. Este coche *es de Bruce Packard.*»

¿Qué hacer para no perder el tiempo en inútiles pesquisas? Muy fácil: Bruce debía encontrarse cerca de allí. El coche estaba aparcado frente a un banco, el Midday-Commerce, que ocupaba la planta baja. El resto era un rascacielos de veintidós plantas de aspecto fastuoso. Dumbar se dirigió decidido hacia el imponente vestíbulo de mármol. Al otro lado de la cristalera enmarcada en metal dorado paseaba lentamente un corpulento portero.

Ya se disponía a presionar el timbre, cuando *¡el propio Packard salió del ascensor y se dirigió a la puerta!*

Dumbar giró rápidamente y se alejó unos pasos hasta ocultarse parcialmente tras un puesto de periódicos. Desde allí vio salir a Packard. Le miró con curiosidad: su antiguo socio vestía ahora con mayor elegancia y había engordado unos kilos.

Los músculos faciales de Dumbar se tensaron... ¡al fin tenía a Packard a su alcance!

Le vio abrir la portezuela del coche con un ademán ostentoso y amanerado. Un instante después, el «Continental» se puso en marcha haciendo chirriar sus neumáticos y se perdió en el denso tráfico de vehículos.

Dumbar dejó transcurrir diez minutos. Luego se acercó al vestíbulo de mármol rosa y presionó el timbre señalado con la palabra «Conserje».

—¿Qué desea? —preguntó el portero a través del interfono.

—Estoy citado con el señor Packard. Me llamo Jonathan Jones.

—Lo siento, señor Jones. El señor Packard salió hace poco más de diez minutos y no volverá hasta mañana. Me advirtió que se dirigía a su domicilio.

—¿Podría darme su dirección? —rogó Dumbar—. Se trata de un negocio urgente.

—Lo lamento. No estoy autorizado para facilitar la dirección del domicilio privado del señor Packard. Pero si quiere dejarme su tarjeta, la entregaré personalmente al señor Packard. Mañana.

—No creo que eso resuelva las cosas —respondió Dumbar con aplomo—. En fin, si no hay otra solución, volveré mañana.

—Lamento no poder ayudarle, señor. Por si le sirve de algo, le

diré que el señor Packard llega a su despacho del Banco Midday-Commerce a las diez de la mañana.

—Muy agradecido. Buenas noches.

—Buenas noches, señor.

Dumbar echó a andar con lento paso. Sin embargo, interiormente se sentía muy excitado.. ¡Bruce Packard en el Midday-Bank! ¿Cuál sería exactamente su cargo? ¿Apoderado, gerente, empleado...?

Lo supo con exactitud media hora después, sentado sobre un taburete y paladeando un daiquiri sobre la barra del Canyon Club, en la misma calle donde se alzaba el edificio del Banco Midday-Commerce.

—¿Empleado? No, Bruce Packard es el director y principal accionista de ese Banco comercial. Es un ave de presa para los negocios: en poco más de cinco años ha arruinado a otros dos Bancos comerciales, ha fundado varias compañías de inversiones, ha adquirido el Brenham Building y ha comprado un centenar de hectáreas de terrenos edificables al norte de Denver. A los tres meses, esos terrenos habían triplicado su valor —le informó el *barman*.

Dumbar silbó admirativamente.

—Un tipo de cuidado, ese tal Packard, ¿no? —exclamó.

—Usted no le conoce bien. ¿Ve al joven pelirrojo que ocupa el otro extremo de la barra? Se llama Briam O'Brien. Era apoderado del Middy-Commerce antes de que Packard alcanzase la dirección. Hace seis meses, Packard le rebajó de categoría: de apoderado a simple operario de ventanilla. ¿Sabe por qué? Pues sencillamente: porque a Packard no le gustaba su forma de peinarse ni su estilo de vestirá Finalmente, O'Brien se rebeló contra Packard, que le hacía constantemente objeto de humillaciones, y se despidió. Pero cometió una locura. Packard le acusó de malversación de fondos y consiguió que le pusieran en la «lista negra» profesional. A partir de ahí, el pobre O'Brien no consiguió ningún empleo en entidades bancarias.

—¿De qué vive ahora? —preguntó Dumbar, vivamente interesado.

—Se gana la vida vendiendo enciclopedias y cosas así, pero apenas consigue una décima parte del sueldo que ganaba en el Midday-Commerce.

Sean pidió un nuevo daiquiri. Con el vaso en la mano, echó una ojeada a su alrededor y luego se aproximó indolentemente al lugar que ocupaba el pelirrojo Briam O'Brien.

Era un joven de unos treinta años, delgado, facciones inteligentes, que vestía con cierto elegante desaliño. Parecía

abstraído en la contemplación del fondo de su vaso y sus mandíbulas se tensaban instintivamente de cuando en cuando.

Dumbar le vio sacar un arrugado paquete de cigarrillos. Atento, Sean le ofreció la llama de su encendedor. O'Brien le agradeció la cortesía con una débil sonrisa.

—¿Una copa? —ofreció Dumbar, Y apuró su vaso.

—Bien. Una más... —respondió el joven sin gran interés.

Transcurrieron unos minutos. O'Brien paladeaba su whisky lentamente y Dumbar bebía su daiquiri sin prisas.

—He oído decir que conoce usted a Bruce Packard —comentó de repente Sean.

O'Brien respiró en su taburete.

—¡No me hable de ese canalla! —farfulló, violento. Pero en seguida se calmó y miró a Dumbar con desconfianza—. ¿Quién es usted, por qué me habla de Packard?

—Mi nombre no le diría nada, pero usted y yo coincidimos en algo: ambos odiamos a Bruce Dumbar. Escuche, O'Brien, ¿tiene inconveniente en charlar conmigo unos minutos en algún lugar a propósito, lejos de oídos indiscretos? —preguntó.

Brian tornó a mirarle con fría mirada calculadora.

—Oiga, no será usted uno de esos...

—¿Invertidos, homosexuales? —Dumbar rió sin ganas—. No, no, muchacho. Míreme con detenimiento. ¿Tengo aspecto de homosexual?

O'Brien movió la cabeza negativamente.

—Debo reconocer que no. Está bien, hablaré con usted. En realidad, todo me da igual, ¿sabe?

—Lo comprendo. Espere un minuto. Pagaré nuestras consumiciones y en seguida saldremos. Hablaremos en el lugar que usted mismo elija —advirtió Sean.

Un momento después, los dos hombres abandonaron el «Canyon Club».

CAPITULO V

«Dark Arrow» acababa de terminar su galopada en la meta y «Sir Bertrand» se había colocado.

En la «pelousse», Alexander York rompió con rabia sus boletos de apuesta.

Luego se volvió, airado hacia su acompañante.

—¿Un atraco? —exclamó—. ¡Usted está loco, amigo mío! Confieso que nada me gustaría más que vengarme de Bruce Packard, pero de eso a descender a cometer un delito...

Dumbar encendió un cigarrillo.

—Acaba de perder cinco mil dólares —observó—. Si mis informes son, exactos, está usted arruinado. De ello se ha encargado Bruce Packard. Ahora tiene la posibilidad de vengarse del canalla que le arruinó y, al mismo tiempo, la seguridad de reconstruir su economía.

Alexander York cambió el habano de comisura.

Estaba considerando la oferta de Dumbar, pero no tenía confianza en él. Apenas hacía dos meses que le conocía. En definitiva, ¿no se trataría de una estafa?

Desde luego, su mayor satisfacción sería tomarse la revancha, vengarse' de Packard, del canalla que había arruinado, mediante sucios trucos, su compañía de Inversiones «Nova».

—Piénselo, amigo mío —insistió Sean Dumbar—, Usted no tendría responsabilidad alguna, pues yo y mi equipo llevaríamos a cabo el trabajo, digamos, «sucio». Usted sólo tiene que ser nuestro socio capitalista.

—¿Cuánto recibiría, cuál sería mi parte? —pregunto York, cauteloso.

—Un millón de dólares —afirmó Dumbar.

—Hum... —York chasqueó la lengua, satisfecho—. ¿Y en cuanto a mi participación?

—Sólo necesitamos cien mil dólares.

York se echó las manos a la cabeza.

—¡Cien mil dólares! —se escandalizó—. Decididamente debe estar usted loco de remate. ; Apenas poseo unos cuarenta mil en mi cuenta corriente!

—Sé que está usted arruinado, Alexander. Pero también sé que posee usted, al menos, el suficiente prestigio para obtener un crédito por importe de esa cantidad: cien mil dólares —aseguró Dumbar.

El financiero se agitó, nervioso.

—Es posible que consiguiera el crédito. Pero en todo caso, ¿por qué voy a entregárselo a usted sin ninguna garantía? Puede

tratarse de una estafa. Ya ve, ni siquiera conozco su nombre. Me lo ha ocultado deliberadamente.

Dumbar sonrió.

—Simple medida de seguridad. Por otra parte, míreme... ¿tengo el aspecto de un estafador?

York le miró de arriba abajo, sin prisas.

—Confieso que parece usted un hombre honrado, sincero... Pero sé que muchos lobos pueden disfrazarse de corderos.

—No es ése mi caso. Voy a decirle algo que le infundirá confianza: yo no tocaré un solo centavo de esos cien mil dólares. Usted mismo invertirá el dinero en el material necesario —dijo Dumbar.

—¿Qué clase de material? —indagó York, alisándose los canosos cabellos rebeldes.

—Automóviles, un furgón, herramientas... Ya se lo especificaré cuando llegue el momento —respondió Sean Dumbar.

—No sé. La verdad es que jamás he participado en nada ilegal. Claro que tratándose de Packard. En fin, no puedo decirle nada definitivo. Sólo le prometo que lo pensaré —terminó.

—Muy bien. Tómese el tiempo que quiera para reflexionar, nunca está de más considerar las cosas con calma. Volveremos a charlar dentro de un mes. Buenas tardes, señor York.

—Buenas tardes, señor... ¿Cómo debo llamarle? —preguntó el financiero, confuso.

—Llámeme «Socio» —respondió Dumbar, sonriente. Y se alejó.

* * *

Ya estaba.

Hacía dos meses que Sean Dumbar era absolutamente libre, ocho desde que en Denver situara a Bruce Packard.

Ahora no tenía la obligación de dar cuenta de sus actos a nadie. Por fin, era absolutamente libre.

—Libre, ¡libre! ¡LIBRE! —murmuraban sus labios cuando conducía con pulso firme su furgoneta «Ford» a lo largo de la carretera que, pasando por Nevada, le llevaría al estado de Colorado, a Denver.

Había cenado la noche anterior en compañía de su abogado, Mark Aswell, y de la deliciosa esposa de éste, Hope.

Aswell sabía que Dumbar acababa de despedirse de su empresa. Cerca de la medianoche, cuando ya Hope se había retirado, Aswell y Dumbar paladearon el último brandy junto al calor

reconfortante de la chimenea.

—No puedes engañarme, Sean —dijo el abogado, escrutando las facciones de Dumbar—. Vas a buscar a Packard.

Desarmado por la clarividencia de su amigo, Sean fue incapaz de negar lo que era evidente.

—Sí —confesó.

—Ojalá que tu ansia de venganza no nuble tu sentido de la justicia, amigo mío. Escúchame, Sean: sinceramente, te admiro. Cuando me hice cargo de tu defensa, no estaba absolutamente seguro de tu inocencia. Después, al paso del tiempo, supe sin dudas que habías cargado con una condena que no merecías. La justicia es a veces así: ciega, tal como se la representa en los logogramas. Ciega, con una venda sobre los ojos. ¡Ojalá que a ti no te ciegue la ansiedad por la revancha!

Dumbar desvió la mirada. Sus ojos contemplaban, obsesionados, el cabrilleo de las llamas.

—En el fondo, querido Mark, sólo soy un enfermo. No un psicópata, ni un esquizofrénico, pero un enfermo al cabo. He encontrado a Packard... Tú sabes ahora que he pasado seis años de mi vida en prisión, aunque no cometí más delito que el ser noble y franco, leal y abierto... ¿Recuerdas a Noel Duchamps? Una mina norvietnamita había destrozado su pierna izquierda. Yo también tenía abierto en canal el brazo derecho. Duchamps me suplicaba que le dejase caer en el fango y le ahogase. «*¡Eres un estúpido!*», gritaba, borracho del licor de arroz que le habíamos dado a beber. «*Vamos a morir tú y yo... ¿Por qué? ¡Sálvate tú! Y ahógame en un fangal, pues apenas puedo resistir el dolor. ¡Mátame! Es una obra de misericordia. L'eutanassie!*»...

Mark apuró su brandy de un trago.

—Lo recuerdo como si estuviéramos reviviéndolo ahora mismo —reconoció—. El día anterior, los «viets» me cosieron el pecho a disparos... Me sentí morir. Y tú me tendiste sobre un lecho de juncos secos, me diste a beber el licor de arroz y dijiste: «*Duerme, Mark. Cuando despiertes estarás bien*». Nunca lo hubiera creído, te lo juro. Cinco balazos, desde el hombro izquierdo al costado derecho —Aswell llenó las dos copas de nuevo y se recostó en su diván—. Cuando desperté no tenía la menor molestia y... ¡pedí algo de comer! Cuando descendió el helicóptero de los sanitarios, el teniente McFriar me reconoció. Y dijo: «*¡San Jorge! Estás vivo de milagro, Aswell. ¿Quién te extrajo las balas?*» Respondí: «*Un sargento llamado Dumbar*». Y el teniente McFriar masculló una palabrota y se santiguó. Le oí murmurar: «*Sólo podía hacerlo un cabezota como Sean Dumbar ese loco hijo de irlandeses...*» Y luego la bomba del pobre Noel...

Sean probó un sorbo de licor.

—Sí, sí —aprobó con lenta cabezada, un poco borracho—. Confieso que, en alguna ocasión, sentí la tentación de ahogar al canadiense en uno de aquellos malolientes fangales. Pero le tenía afecto. Y... No sé, me hubiera faltado algo si Duchamps hubiera muerto. Lo cierto es que salvó el pellejo y hoy vive con sus hijos en Glendale. Su pierna ortopédica le permite incluso jugar al golf...

Tornaron a beber y encendieron cigarrillos. El humo, quieto en la extensa y cómoda estancia, flotaba a un metro de altura sobre el suelo como una cota imaginaria.

—Quédate —pidió Mark Aswell, con voz ronca—. Te recuperarás económica y socialmente. Puedes casarte, formar una familia, un lazo de afectos. Tú eres el hombre más afectivo del mundo, Sean... Te lo ruego... ¡olvídate a Bruce Packard! Packard... es como un cáncer, que corroe todo lo que encuentra sano a su alrededor.

Mark espía la expresión de Dumbar con ansiedad. Por un momento, las duras facciones de Sean se dulcificaron, pero inmediatamente sus ojos arrojaron aquellas chispitas rojas tan significativas.

—No puedo —confesó dejando que el cigarrillo humeara entre sus labios—. El teniente McFriar lo dijo... Soy hijo de irlandeses terco como una mula resabiada.

—Sean...

—No —denegó, Durban—. Te aprecio mucho, Mark, y te debo aún más. Pero los irlandeses tenemos un sentido fatalista de nuestro destino. Y ahora el mío es tomar mi furgoneta y conducir hacia el nordeste.

Aswell bebió su copa de un trago.

—¡Necio y tozudo irlandés! —exclamó en uno de sus raros estallidos temperamentales. Miró a Dumbar con afecto—. Te detesto y te., admiro, viejo amigo mío. Ve, si no eres capaz de imponerte a tus más primarios sentimientos Pero nunca olvides que siempre podré echarte una mano..., si las cosas te fueran mal.

Dumbar se puso en pie. Rígido y dueño de sí, su gigantesca estatura no vaciló un solo milímetro.

—Sé que eres leal, Mark. Pero por nada del mundo pondría tu prestigio y tu seguridad familiar en peligro. Volveremos a vernos. Aswell le abrazó, emocionado.

—Eso espero —susurró entre dientes. Luego Dumbar caminó con elástico y seguro paso hasta el vestíbulo.

CAPITULO VI

Dick Horton se tambaleó. Estaba muy borracho... ¡toda la noche bebiendo sin parar!

Un hombretón penetró en la taberna de Harper en aquel momento. Se quedó mirando un momento a Horton, que giraba como una peonza, tratando desesperadamente de encontrar un asidero. Y rompió en una soez carcajada.

—¡Curioso! —gritó con ronca voz de bebedor de licores fuertes—. Es la primera vez que veo a un barril de whisky girando por sí mismo como un trompo.

Salvajemente, el corpulento individuo tomó la cabeza de Dick Horton con una enorme manaza y su hombro derecho con la otra. De un feroz empujón le hizo girar como, si en verdad, Horton fuera un pequeño barril de whisky.

Dick cayó al suelo y comenzó a vomitar. Pero el hombretón se sentía divertido y quiso seguir bromeando a costa del pequeño Dick. Ya le agarraba por el cuello de su cazadora, cuando Sean Dumbar apretó los dedos de su mano izquierda y se los retorció dolorosamente.

—Vamos, grandullón. Ya está bien —dijo Dumbar, de buen humor. Pero el mastodonte, burlado, se volvió y trató de alcanzar el cuello de Dumbar de un salvaje zarpazo.

Sean sólo tuvo que forzar su presión sobre la mano izquierda de aquel salvaje: se oyó un desagradable crujido de huesos. El hombretón se revolcó en el suelo con tres dedos fracturados y la muñeca inservible.

Impávido, Dumbar le ayudó a ponerse en pie y le llevó hasta la puerta.

—En la esquina próxima hay un puesto de socorro, hermano —informó, palmeando sin rigor la espalda del hombre—. Vaya a que le curen. Y luego márchese a dormir.

La puerta chirrió al cerrarse. Dumbar se volvió hacia la barra y advirtió que todos los presentes estaban pendientes de él. Podía leer en aquellas sencillas expresiones: simpatía, temor, satisfacción...

—Lamento haberles interrumpido —se disculpó. Y echó una mano a Dick Horton, lo puso en pie y lo llevó al lavabo. Diez minutos después ambos volvían a la barra.

—Whisky —pidió Horton obstinadamente.

—Café irlandés y una cerveza —ordenó Dumbar. Y ayudó a Horton a tomarse el café sorbo a sorbo.

Media hora después, sentado en una mesa, el pequeño Dick Horton se sentía mucho mejor. Parpadeando, miró a Dumbar y

dijo:

—Gracias..., amigo. Aunque estoy borracho, sé muy bien lo que hizo por mí. Se portó usted como... como un hombre. ¡Ese fanfarrón de Gelley...!

—Olvídese de Gelley, Dick. Vine a hablar con usted. Me dijeron que era un experto mecánico y el mejor soldador de todo Denver...

Horton inclinó la cabeza tristemente.

—Sí, era todo lo que usted ha dicho. ¡Y lo soy! —se engalló de improviso—. Pero ¡qué importa! Ahora no soy nada. O, mejor, sí: soy un borracho.

—¿Por qué? —preguntó Dumbar, ofreciéndole un cigarrillo.

Horton se lo puso en los labios y aceptó la llama del mechero que Sean le ofrecía.

—¿Por qué? ¡Es risible...! El señor Packard acudió un día a la obra. Caminaba como... una damisela procurando no mancharse sus preciosos zapatitos de barro... ¡Me hizo gracia! Cuando se marchaba comenté con un compañero: *«Parece un sarasa»*. Mi compañero se fue de la lengua habló con el capataz y... el señor Packard supo que yo le había llamado sarasa. Me despidieron inmediatamente abonándome una miseria. Desde entonces no he conseguido emplearme. Hago rifas, vendo cigarrillos, ¡incluso hago recados! El señor Packard no permite que yo obtenga un empleo en toda la ciudad.

—Supongo que debe odiar a Packard —sugirió Dumbar.

—Con toda mi alma. Le mataría de hombre a hombre... Pero soy un cobarde: no tengo valor suficiente para enfrentarme a él —confesó el mecánico.

Dumbar le miró fijamente.

—Pues bien, Horton, yo voy a ofrecerle la oportunidad de vengarse. Y además recibirá una sustanciosa indemnización del dinero de Packard: un millón de dólares exactamente.

—¡Usted está loco! ¡Un millón de dólares...! —exclamó Dick, asombrado—. Pero, dígame, amigo, ¿cómo conseguiría todo eso?

Dumbar le metió discretamente dos billetes de cincuenta dólares en el bolsillo superior de su cazadora.

—Venga mañana aquí, a la misma hora. Pero ha de prometerme que se mantendrá sereno hasta que hayamos hablado.

—Se lo prometo. Aunque no comprendo...

—No es necesario que comprenda ahora. Lo sabrá todo mañana. Buenas noches, Horton.

—Buenas noches, señor... ¿cómo debo llamarle? —preguntó Horton.

—Llámemme... «Socio» —respondió Dumbar. Y se marchó.

* * *

La había seguido durante seis semanas, día a día.

Aguardaba a la puerta de la residencia Ambler cada mañana. La veía salir a las ocho y media y tomar el autobús hasta el Banco Midday-Commerce. La esperaba a las tres de la tarde, frente al mismo Banco. Cuando ella subía al autobús, Dumbar lo tomaba también.

Ella solía salir hacia las cinco. Recorría los almacenes, hacía algunas compras, tomaba un combinado en un bar... Era una joven de costumbres regulares, pues, excepto el sábado que se reunía con otras dos mujeres de su misma edad, apenas dedicaba tiempo a la diversión. El sábado, ella acostumbraba a asistir al teatro o algún club, donde Dumbar la había visto bailar ocasionalmente con algún hombre.

No mantenía relaciones masculinas fijas. En ocasiones, algún tipo la abordaba en la calle o el club. Ella solía sonreír tímidamente, pero rechazaba al galanteador con energía.

Era preciosa. Cabellos rubios, sedosos y largos, ojos verdosos, facciones carnosas y un cuerpo curvilíneo, prieto y ágil. Pero además poseía otra virtud: la de vestir con refinada elegancia.

Pensando en ello, Dumbar sonrió. Seguramente Bruce Packard la había elegido por su elegancia como secretaria particular, ¡era un tipo tan obsesionado en todo lo relacionado con la vestimenta de sus empleados!

Dumbar no tenía prisa. Sabía que un día u otro entraría en contacto con Deane Gates. Si era paciente, hallaría la ocasión propicia para ello.

Y la ocasión se presentó el sábado siguiente. Esa noche, Deane Gates tomó su «Volkswagen» y se trasladó, sola, al Saratoga Club. Dumbar penetró en el local detrás de ella. Como siempre desde que espiaba a Deane Gates, Sean cubría sus ojos con unas gafas oscuras y lucía un delgado bigote postizo.

Ella tomó asiento junto a una mesa próxima a la pista y pidió un combinado al camarero que se acercó minutos después. Dumbar la vigilaba discretamente desde la barra.

Llevaba tanto tiempo siguiendo a aquella mujer, que incluso se sentía un poco celoso cuando un hombre la abordaba o ella se dejaba ceñir por brazos viriles para bailar. Pero ¿qué hacer? Deane tenía veintidós años y era una mujer, que sin proponérselo, causaba siempre sensación entre los hombres.

Una pareja formada por un caballero canoso muy elegante y una mujer mucho más joven que él se acercó a la mesa de Deane.

Dumbar vio que las mujeres se besaban y saludaban efusivamente y luego ambos tomaron asiento en la mesa de Deane.

A la una de la madrugada, Deane bailó con el caballero canoso. Poco después, la pareja se marchó. Y a las dos, Deane llamó al camarero y se despidió. Inmediatamente, Dumbar pagó su cuenta y se dispuso a seguirla rutinariamente.

Y en el aparcamiento surgió la ocasión que había estado buscando, puesto que había decidido que su encuentro con Deane Gates se produjera de forma «casual».

Cuando se dirigía hacia su «Volkswagen», Deane se vio interceptada por dos individuos de unos treinta años que acababan de descender de un «Mustang». Era evidente que aquellos dos tipos estaban ebrios, porque interpellaron a Deane groseramente y uno de ellos la aferró por un brazo.

Dumbar escuchó el grito de la joven y comprendió que había llegado el momento de intervenir. Guardó sus gafas en un bolsillo, se desprendió de un tirón del falso bigote y corrió hacia el lugar del altercado.

En aquel momento, uno de los asaltantes arrojaba violentamente a la muchacha al interior del «Mustang», mientras el otro contemplaba la escena apoyado en el techo del vehículo.

Dumbar tomó a éste por los hombros, lo hizo girar con violencia y estampó su cabeza contra las planchas hasta que el hombre se escurrió por sí mismo hasta el suelo, con el cráneo ensangrentado.

Su compinche soltó a Deane al ver a su amigo en tierra. Más expeditivo que su camarada, aquel individuo gruñó una blasfemia y sacó un revólver del bolsillo.

Dumbar no le dio tiempo a usarlo. Furioso, aferró su muñeca y la retorció salvajemente. El revólver cayó al suelo, Dumbar se inclinó rápidamente, lo cogió y, sujetando a aquel tipo por el cuello, le introdujo brutalmente el cañón del revólver hasta la garganta. Así y todo, le golpeó con el puño izquierdo en la mandíbula y el pobre infeliz puso los ojos en blanco y se desmayó.

Deane yacía sobre el asiento, con los muslos al aire, sus ropas desgarradas y el terror pintado en sus facciones carnosas.

—¿Está bien? —le preguntó Dumbar, solícito.

Deane bajó apresuradamente su falda y se incorporó.

—Sí —respondió—. Sólo un poco... asustada.

—No tema. Esos granujas no volverán a molestarla. Venga, apartémonos de aquí. ¿Tiene coche?

—Sí. El «Volkswagen» blanco —respondió ella. Y se dejó arrastrar hacia allá.

Dumbar abrió la portezuela y la invitó a subir.

—Gracias —susurró ella, todavía jadeante—. He pasado un susto terrible. Afortunadamente, usted llegó a tiempo, señor...

—Jones, Jonathan Jones. Y no tiene nada que agradecerme. Créame, siempre he odiado a los individuos que abusan de las mujeres.

—Muy caballeroso, señor Jones. Discúlpeme. Este incidente me ha impresionado mucho. Buenas noches.

—¿No tiene miedo? —preguntó él—. Las calles están solitarias a estas horas de la noche y la ciudad está infestada de violadores y atracadores. No me perdonaría que le ocurriera algo por el camino. ¿Me permite que la acompañe hasta casa?

—Se lo ruego. Suba —pidió ella. Y sonrió débilmente—. No me atrevía a pedirselo.

Poco después abandonaban las inmediaciones del Saratoga y atravesaban las desiertas calles de la ciudad.

—¿Un cigarrillo? —preguntó él, sacando una cajetilla.

—Sí, por favor. Mis nervios están tensos todavía —rogó ella.

Sean puso el cigarrillo en sus labios y se lo encendió. Fumaron en silencio. Luego ella le miró fugazmente y preguntó.

—¿Vive en Denver, señor Jones? Su acento...

—Ya. Veo que lo ha captado. No, no vivo en Denver. En realidad, sólo vine a realizar unas gestiones. Soy inspector de seguros. Sólo me quedan unas pocas semanas de estancia en esta ciudad, pero espero que volvamos a vernos...

—Con mucho gusto. Debo demostrar mi agradecimiento al caballero que evitó que esos dos canallas me... me.

—Le tomo la palabra. Mañana es domingo. ¿Quiere que salgamos a almorzar juntos? —propuso él con tono intrascendente.

—¿Mañana? Pues... muy bien. ¿A las doce?

—A las doce. Y, se lo ruego, no me llame «señor Jones». Llámeme simplemente Jonnie.

—¡Dios mío! ¡Aún no le he dicho mi nombre! Claro que todavía me siento tan asustada...

—¿Y bien...?

—Soy Deane Gates. Trabajo en el Banco Midday-Commerce y me alojo en la residencia Ambler.

—Sus padres no viven en Denver, supongo...

—No tengo padres —confesó ella, sin tristeza—. Mi madre me dejó en un orfanato estatal.

Dumbar no hizo ningún comentario. ¿Qué podía decir...?

Poco después, el pequeño «Volkswagen» se detenía ante la residencia Ambler. Deane le tendió la mano antes de que él bajase.

—Hasta mañana, señor... Es decir, Jonnie.

—Hasta mañana, Deane. ¿A las doce?

—A las doce —sonrió ella, más animada—. Y créame, Jonnie, jamás olvidaré que interviniese a mi favor para librarme de, esos dos canallas.

—No tiene importancia —Dumbar soltó suavemente la mano que oprimía entre las suyas—. Buenas noches.

—Buenas noches —respondió ella. Y esperó hasta que la elevada silueta de Dumbar desapareció en la próxima esquina.

* * *

Las cosas marchaban. Alexander York se había decidido por fin a convertirse en su socio capitalista, O'Brien se había puesto en contacto con dos ex empleados de Bruce Packard, Dick Horton preparaba un equipo de herramientas adecuado y Deane Gates estaba al caer.

Dumbar había pasado el domingo con ella. Habían paseado, charlado y bebido alegremente. Ella parecía fascinada por la personalidad del maduro, atlético y enigmático «Jonathan Jones», pero Dumbar no quería forzar las cosas. Tiempo al tiempo...

Fue un día magnífico. Pasaron la tarde en el picadero, montando a caballo y al anochecer cenaron juntos en un sencillo restaurante francés.

Cuando regresaban a la residencia Ambler, Deane se mostraba chispeante y efusiva. Hubiera sido fácil besarla entonces, pero Sean no lo hizo.

—No sé si podré verte mañana —dijo él cuando el coche se detuvo ante la residencia—. Mi trabajo me absorberá durante todo el día.

Fue evidente la expresión decepcionada que se dibujó en las bellas facciones de Deane Gates.

—Te llamaré en cuanto mi trabajo lo permita —prometió él. Y bajó rápidamente del coche, no muy seguro de poder resistir la atracción de los jugosos labios de la joven.

Habían transcurrido cuatro días. Era jueves. Dumbar se encontraba en su hotel, cuyo número de teléfono había anotado Deane.

Sean aguardaba, calmoso. Si, como sospechaba, ella se sentía sumamente interesada por él, antes o después le llamaría. Era mejor así: excitar su interés, aumentar la distancia física y la añoranza.

A las seis de la tarde zumbó el teléfono. Era Deane.

—¡Jennie! ¿Es que te has olvidado de mí?

—¿Deane? Me alegro de oír tu voz. Lo siento, estoy en cama

desde hace tres días con una desagradable gastritis. Hoy, por fin, empiezo a sentirme mejor...

—¡Dios mío! —exclamó ella, apasionada—. ¿Por qué no me avisaste? Hubiera corrido a reunirme contigo, hubiera volado a cuidarte...

—No me atreví a pedirte que vinieras. Temía comprometerte.

—¡Qué tonto! —repuso ella, anhelante—. Escucha, Jonnie, no he vivido durante estos cuatro días. Te recordaba constantemente, soñaba contigo, te añoraba violentamente, te...

—Si es verdad que sientes todo eso por mí, ven —pronunció Sean Dumbar.

—Voy para allá ahora mismo —prometió ella, fogosa.

Quince minutos después, alguien pulsaba el zumbador de la habitación de Dumbar.

—Adelante, está abierto —exclamó él en voz baja, desde la cama.

Deane empujó la puerta, cerró, cruzó el «living» y asomó tímidamente por la puerta de la alcoba.

—¡Jonnie! —gimió, angustiada. Y corrió hacia él y se precipitó en sus brazos, terriblemente emocionada.

—Calma, calma, pequeña mía —susurró, aspirando el aroma de los cabellos rubios—. No voy a morirme. En realidad, hoy me siento mucho mejor. Sólo que el médico me recomendó que guardase cama.

Deane, prietamente abrazada a su pecho, murmuraba palabras incoherentes, pero plenas de pasión.

—Jonnie, amor mío...

Sean turnó su rostro entre las dos manos y lo alzó. Se contempló fijamente en los brillantes ojos verdes y preguntó, incrédulo:

—¿Qué has dicho, Deane?

—Te amo —pronunció ella claramente. Y entreabrió los labios, sedienta de amor.

Dumbar la besó tiernamente primero y salvajemente después. Durante los primeros instantes, los dos se entregaren fogosamente a un frenético intercambio de apasionadas caricias.

Luego las manos del hombre recorrieron la espalda de la mujer. Sus dedos tropezaron con la cremallera y con un movimiento suave la descorrieron.

Lentamente, el vestido cayó a lo largo del fino cuerpo tibio de Deane Gates.

Dumbar la oprimió con fuerza, refrenando sabiamente el deseo que se desataba dentro de él.

Pero luego ella misma se entregó confiadamente en sus brazos. Una

intensa oleada de voluptuosidad recorrió el cuerpo de Deane Gates...

CAPITULO VII

Briam O'Brien tomó un taco de la estantería y se aproximó a la mesa de billar en la que jugaba Sean Dumbar.

—¿Partida, «Socio»? —preguntó.

—A ciento una carambolas —respondió Dumbar.

Jugaron durante diez minutos sin pronunciar una sola palabra.

Al cabo, Sean dirigió una lenta mirada a la amplia sala, contempló un instante a los cuatro jóvenes que jugaban en una mesa apartada y dijo sin mirar a O'Brien:

—La fruta está madura.

Briam enarcó la ceja derecha, muy interesado.

—Bruce Packard quiere comprar el Lindsay Bank.

Briam silbó admirado.

—Era un proyecto que acariciaba desde hace tiempo. Pero jamás hubiera sospechado que se atreviera a tanto —susurró—. El Lindsay es el más poderoso centro bancario de los Estados centrales.

—En efecto —respondió Dumbar en el mismo tono de voz—. Pero el asunto va en serio. Packard se está comprometiendo. Está realizando todos sus valores bursátiles e incluso su patrimonio privado. Está gestionando un crédito por veintiocho millones de dólares...

Briam falló la carambola y se irguió de un respingo.

—¿Has dicho *veintiocho millones*? —inquirió.

—Ese es el precio del Lindsay Bank. En metálico —contestó Dumbar, sin alterarse.

Briam O'Brien encendió un cigarrillo.

—¿Y qué tiene que ver todo ello con nosotros?

Sean dejó escapar una risita.

—Te consideraba un hombre intuitivo, socio —bromeó.

—¿Quieres... quieres decir que nosotros vamos a robar veintiocho millones? —farfulló Briam, muy excitado.

—Justamente.

—¡Por favor, por favor, explícate! —exigió Briam en el paroxismo de la excitación.

—Calma, no des gritos —le recomendó Dumbar—. Y sigue jugando. Te lo iré explicando entretanto.

Briam intentó una carambola a tres bandas. Era un experto jugador de billar, pero su tensión era tan intensa que falló estrepitosamente. De todas formas, consiguió simular que se sentía atraído por el juego.

Por el contrario, Dumbar realizó quince carambolas seguidas sin que le temblara el pulso.

—Un consorcio de Las Vegas va a conceder un crédito a Packard por esa cantidad. Y enviarán el dinero en un furgón blindado pero de apariencia discreta —susurró en tono suficiente como para que Briam pudiera escucharle.

—Y nosotros vamos a atacar ese furgón...

—Si Packard se queda sin esos veintiocho millones, estará irremisiblemente arruinado. El suyo es un golpe de efecto: se juega todo a una carta. Si consigue hacerse con el Lindsay, habrá ganado. Pero si no puede comprarlo, el Midday-Commerce se encontrará sin liquidez, sin respaldo económico alguno. Y ello representará la ruina total para Bruce Packard —dijo.

—Entonces, cuenta conmigo. Me dejaría matar con tal de que Packard reviente como una chinche hinchada de sangre —gruñó Briam, feroz.

—De eso se trata —asintió Dumbar.

Briam le miró inquisitivamente.

—Me gustaría saber cómo te has hecho con esa información —dijo.

—¿Para qué? Si te lo dijera, pondría en un compromiso a otra persona. Y a ti de nada te vale.

—Una última pregunta, socio. ¿Cuándo vendrá ese «carro» cargado de dinero? —quiso saber Briam O'Brien.

—Lo ignoro. Aún no está fijada la fecha del transporte. Pero intuyo que no tardaré en saberlo.

—¡Ojalá fuera hoy mismo! —deseó fervientemente el joven contable.

—Eres demasiado impulsivo, querido Briam. Hay que tener calma: tiempo al tiempo...

—¿Te marchas? —preguntó Briam, al ver que Dumbar colocaba cuidadosamente el taco en la estantería.

—Sí. Tengo algo que hacer. Sigue jugando... Volveré a ponerte en contacto contigo en cuanto posea la información definitiva —respondió Dumbar, al tiempo que vestía su magnífico chaquetón de cuero forrado de borrego rizado.

Salió a la calle. Desconfiado siempre, penetró en los almacenes Elsworth, ascendió hasta la planta quinta en un ascensor, descendió inmediatamente en otro distinto y salió a una callejuela adyacente por diferente, puerta.

A las ocho de la noche se reunía con Alexander York en el Carnaby Club.

Tras el rápido saludo, Dumbar entregó a York una lista de material.

—Es cuanto necesitamos —dijo.

—¿Ya? —murmuró el financiero.

—Falta muy poco.

York echó una ojeada a aquella relación y dejó escapar una exclamación de asombro:

—¡Un camión-grúa de sesenta toneladas? ¿Para qué lo necesita, «Socio»?

—De poco le serviría que se lo explicara —respondió Sean. Y repitió la información que había dado a Briam O'Brien.

—¡Fabuloso! —exclamó York cuando Sean terminó de hablar—. Pero por desgracia, mi querido socio, es un plan irrealizable. Yo sé por propia experiencia cómo se realiza el transporte de una cantidad así: coches blindados, vigilantes armados hasta los dientes, controles por radio cada diez minutos, escolta de media docena de guardias motorizados... ¡No, «Socio», es imposible!

—Es perfectamente posible —le rectificó Dumbar—. Usted tiene razón en todo, menos en lo de la escolta motorizada. Packard es perro viejo: le interesa, por encima de todo, que no se filtre su intención de hacerse con el Lindsay, puesto que, en caso contrario, la operación correría el riesgo de fracasar. Por supuesto, el dinero será transportado en un modernísimo furgón blindado muy bien camuflado como vehículo dedicado al transporte de mercancías de poco valor. Pero yo lo tengo previsto todo, hasta la menor contingencia...

—De todas formas, aunque consiguiesen interceptar al furgón blindado, la policía estará sobreaviso pocos minutos después. Calcularán exactamente la posición del furgón, coparán la zona y les... atraparán —opuso Alexander York, pesimista.

—No sufra anticipadamente, querido socio —le amonestó Dumbar—. No nos atraparán. Le explicaré más adelante el resto de nuestro plan. En cuanto sepa la fecha fija en que el convoy del dinero abandonará la ciudad de Las Vegas. Usted adquiera urgentemente el material que he anotado en esa relación. Lo demás... déjelo de mi cuenta.

York le miró fijamente.

—No sé por qué, «Socio», pero hay tal aplomo en usted que instintivamente me siento inclinado a confiar en el buen resultado de nuestro negocio.

—No lo dude. Dejaremos a Packard sin un centavo —respondió Dumbar alegremente. Y se despidió de York.

* * *

Tras la última oleada de placer, Deane se había quedado dormida.

Dumbar, despierto, contemplaba el limpio perfil de la mujer con una cierta amargura.

—Y pensar que tendré que abandonarte... —murmuró.

Era absolutamente necesario, por la seguridad de Deane. En cuanto el asunto estuviera resuelto, Sean Dumbar emprendería el viaje, lejos, muy lejos de Denver. Y Deane sería olvidada para siempre.

Ella había cumplido con el fin que Dumbar le había señalado previamente: informarle indirectamente de todo lo relacionado con el Midday-Commerce Bank y con su dueño, Bruce Packard. Sean no la había forzado a facilitarle los sucesivos informes: sencillamente, había montado una farsa, había engañado a la pobre Deane con un cuento bien urdido.

Cuando ella se extrañó la primera vez de que Dumbar se sintiera tan interesado con todo lo relacionado con Packard y su Banco, Sean se lo explicó de forma muy convincente:

—En realidad, mi vocación no es el negocio de los seguros. Lo que más amo es la literatura. Varias editoriales californianas me han editado algunas novelas de aventuras. Pero eso no es suficiente para mí: necesito escribir una novela de impacto, un verdadero «best-seller», algo que me sirva para darme a conocer a escala internacional. Y el tema que he escogido es justamente el de un atraco. Para ello necesito, sin excusas, información de primera mano, documentación real. Es preciso que conozca a los personajes, el ambiente y la técnica de estos asuntos, ¿Lo comprendes?

Deane le había mirado con prevención.

—¿No pretenderás, en realidad, robar el Banco Midday-Commerce? —preguntó, dudosa.

—¡Naturalmente! —exclamó Dumbar, jovial—. ¡Y de paso te raptaría a ti, fastuosa vampiresa!

Deane apenas pudo contener las carcajadas, tan cómica era la expresión de Dumbar. Pero éste había conseguido lo que pretendía: la confianza de Deane Gates. Y su valiosísima ayuda.

Le dolía hacerle esta jugada a Deane, tan enamorada, tan fiel y entregada. Pero, a fin de cuentas, ella no resultaría lesionada en aquel caso... excepto, quizá, en sus sentimientos.

De repente, el brusco timbrado del teléfono interrumpió sus pensamientos.

Deane abrió los ojos, consultó su relojito de pulsera, se incorporó de un salto y gritó, escandalizada:

—¡Dios mío! ¡Es tardísimo! Las nueve de la mañana... Míster Packard me echará la bronca...

Pero Dumbar estaba atendiendo el teléfono. Semidesnudo,

permanecía de espaldas, mostrando su musculoso tronco bronceado.

Deane acarició con sus finos dedos los abultados hombros de Dumbar.

El acababa de colgar el auricular y se volvió en aquel momento. Vio a Deane desnuda y fragante y la abrazó fogosamente.

—¡No, ahora no, Jonnie! Son las nueve y media. ¡Me despedirán! —gimió, aterrada. Y saltó impulsivamente fuera del lecho, lejos de los brazos de Dumbar

Cinco minutos después reaparecía, ya vestida, dispuesta a marcharse.

—¿Me avisarás? —preguntó él. Y ella supo inmediatamente a lo que él se refería.

—¡Por amor de Dios, Jonnie! Te he explicado todo cuanto me has preguntado. Pero no puedo confiarte una información reservada sin faltar gravemente a mi deber —protestó ella, con vehemencia.

—Deane, no puedo engañar a mis lectores. Si quiero escribir un «best-seller» necesito datos fidedignos... Haz lo que quieras. No te forzaré a decir lo que quieras callar. Vete ahora. He encargado un taxi. Posiblemente el coche te espera ya a la puerta del hotel. Eso te permitirá ganar tiempo.

Deane vino hacia él, suspiró y le besó.

—Hasta luego, amor mío —musito, acongojada.

A lo largo de las primeras horas del día, Sean Dumbar se puso en contacto con Alexander York, Briam O'Brien, Dick Horton, Fred Halley y Burt Kendall. Los dos últimos eran dos electricistas que habían trabajado en un negocio de construcciones de Bruce Packard. Los dos habían sufrido un despido injusto y arbitrario y odiaban a Packard por encima de cualquier otra consideración.

Dumbar se cercioró de que O'Brien, Horton, Halley y Kendall permanecerían disponibles durante las veinticuatro horas del día a partir de aquel momento. Por otra parte, Alexander York le garantizó que el material necesario había sido adquirido ya.

¿Por qué alertaba Dumbar a su equipo? El mismo no podría explicarlo razonablemente, pero intuía que los acontecimientos comenzarían a desarrollarse inmediatamente. Y rara vez habían fallado sus íntimas premoniciones.

A la una del mediodía llamó a Horton:

—Tenedlo todo dispuesto para salir en cualquier momento —avisó.

—¿Ya?

—Aún no estoy seguro, pero es mejor estar prevenidos.

—*Okay*, socio. Todo irá sobre ruedas.

—Bien.

Deane volvió del Banco a las tres quince de la tarde. Nada más aparecer por la puerta. Dumbar supo que había llegado el momento, pues la joven daba muestras de una agitación desusada. Sin embargo, Sean disimuló y no hizo ninguna pregunta.

—Tengo que volver al Banco, Jonnie. El señor Packard está como loco, no hace otra cosa que dar órdenes y contraórdenes, tan pronto indica una cosa como se arrepiente. ¡Está insoportable...! —exclamó ella, desprendiéndose del abrigo.

—¿Por qué? —preguntó Sean, como sin darle importancia.

Deane se volvió hacia él. Vaciló durante un par de segundos, pero finalmente se decidió a confesar:

—El furgón blindado partirá de Las Vegas a las diez de la noche y llegará a Denver hacia las cinco de la tarde de mañana. El señor Packard ha insistido en que vuelva a las cuatro. Quiere que mecanografie algunos documentos urgentes.

—Supongo que ese furgón llegará a Denver por la carretera Veinticinco —comentó Dumbar como la cosa más natural.

—No, utilizarán la Cuarenta a través de las Rocosas. Pero... ¿por qué te interesan datos como éste? ¡Si Packard supiera que he hablado contigo de un tema tan confidencial...!

—No temas, no creo que mi libro se edite antes de un año. Entretanto, seguiré documentándome a conciencia. ¡Tengo puesta tanta ilusión en esta obra...!

—Quizá me dejes cuando te hayas convertido en un escritor célebre —susurró ella, mimosa.

—O, tal vez, incluso antes.

Deane le amenazó con los puños cerrados, falsamente disgustada. Pero él la apresó por los hombros, la besó de forma absorbente en la boca y deslizó la cremallera de su vestido hacia abajo.

Deane se marchó a las cuatro de la tarde. Inmediatamente, Sean Dumbar tomó el teléfono y marcó un número.

—En marcha —dijo—. Carretera Cuarenta. Me reuniré con vosotros dentro de media hora.

* * *

Deane penetró en la habitación del hotel y se libró de su abrigo, cubierto de nieve.

Miró el reloj: las siete de la tarde. Se sentía irritada: el conserje le había advertido que míster Jonathan Jones había salido a las

cuatro y media de la tarde.

—¿No dejó recado? —preguntó ella.

—Ninguno, señora Jones —respondió el conserje con una sonrisita cínica. Quizá aquel hombre suponía, con razón, que Deane no era la señora «Jones».

¿Por qué no le había avisado Jonnie, porque no le había dejado un simple aviso diciendo: «*Volveré a tal hora*»?

Las horas pasaron lentamente. Deane paseaba agitadamente a lo largo del «living».

—¿Por qué, por qué, por qué...? —se repetía, obsesionada.

A veces miraba a través de los visillos. Una gran nevada se abatía sobre la ciudad de Denver. Los automóviles rodaban despacio, con precaución, las calles estaban solitarias, tristes...

Tan tristes como Deane Gates.

A las diez de la noche, Deane se sintió incapaz de seguir aguardando. Descolgó el teléfono, pidió un taxi y abandonó la habitación.

Mientras descendía en el ascensor se preguntó si Jonnie no la habría mentido.

—Si me ha engañado, se arrepentirá —se prometió a sí misma.

CAPITULO VIII

A las cinco de la tarde del día 16 de febrero seguía nevando copiosamente sobre las estribaciones de las Montañas Rocosas. La nieve cubría ya las laderas y hondonadas con una capa de casi un metro de espesor y la visibilidad era casi nula.

A las cinco quince un furgón de una fábrica de juguetes se detuvo en la desviación de la carretera Cuarenta. Avisado por las precedentes señales de tráfico, el conductor del furgón frenó suavemente, muy cerca de los dos motoristas de tráfico.

El hombre que se sentaba a la derecha del conductor, bajó unos centímetros el grueso cristal de la ventanilla y preguntó, preocupado:

—¿Qué ocurre, agentes? En Buena Vista no nos advirtieron que existiera ninguna desviación en este tramo...

Uno de los agentes se aproximó al furgón, saludó e informó amablemente:

—No me extraña: el accidente se ha producido apenas hace media hora.

—¿Qué accidente?

—Un tanque de propano se salió del firme y su carga estalló. Media montaña se ha abatido sobre la carretera como consecuencia de la explosión. Posiblemente, la vía quedará inutilizada durante varios días.

—Gracias. Seguiremos el viaje.

—Tengan precaución. El servicio meteorológico anuncia que seguirá nevando durante varios días. Buen viaje,

—Gracias —le respondieron.

El furgón se alejó y se perdió finalmente en los vericuetos de la sierra.

Inmediatamente, los dos motoristas recogieron las señales de tráfico que cortaban la carretera Cuarenta y las de advertencia que habían distribuido a lo largo de doscientos metros.

—¿Y ahora...? —preguntó Burt Kendall.

—Vamos hacia arriba —respondió Briam O'Brien—. Tal vez tengamos que echarle una mano a nuestro socio.

* * *

El furgón descendía una aguda pendiente a poco más de cuarenta kilómetros por hora. Allá, al fondo, se veía, difuminado por los copos de nieve, el arco airoso de un acueducto que

cruzaba diez metros por encima de la carretera.

—Llama por radio a la central de Denver —indicó el conductor a su compañero—. Es la hora de realizar el control.

—Sí —asintió el otro, tras consultar su reloj. Y pulsó el botón de encendido de la radio situada bajo el panel de instrumentos.

En aquel instante, el vehículo se desvió bruscamente a la derecha. Su conductor, torció apuradamente el volante en el mismo sentido para corregir el deslizamiento, pero el furgón resbaló hacia la izquierda y siguió descendiendo con violentos bandazos.

—¿Qué diablos está ocurriendo? —gritó el hombre que se disponía a manejar la radio.

—¡No... lo sé! —respondió el conductor, tensos sus brazos sobre el volante, al tiempo que frenaba intermitentemente para evitar que el furgón se despeñase por el hondo precipicio de la izquierda.

La habilidad del conductor consiguió evitar la desgracia. Resbalando y rodando a intervalos, el vehículo se detuvo finalmente bajo el arco del acueducto.

—Bajaré a echar un vistazo. Aunque me temo que hemos pinchado —advirtió el conductor.

—¡Espera! —el vigilante tomó en sus manos una metralleta—. Quédate aquí. Yo bajaré.

Abrió la portezuela, descendió con cautela. Un momento después, gritaba:

—¡Todas! ¡Las cuatro ruedas están pinchadas!

E! chófer pronunció una maldición y se echó abajo de un salto.

En aquel momento, los dos enmascarados que se habían descolgado desde el acueducto pusieron sus pies sobre el techo del furgón. E inmediatamente las sogas de nylon que habían utilizado fueron recogidas desde arriba.

Uno de los enmascarados tocó al otro en el hombro.

—El saco —susurró—. ¡Ahora!

Cada uno saltó hacia un costado. En el último momento, el conductor del furgón miró instintivamente hacia arriba. Un segundo después su tronco estaba envuelto por un saco negro de resistente malla. Dentro de él, el aire olía fuertemente a cloroformo.

—...ocho, nueve, diez —contó el más corpulento de los dos enmascarados. Y el vigilante del furgón dobló las rodillas y se escurrió hasta el suelo, desmayado dentro del saco negro.

El otro enmascarado vino en seguida arrastrando al conductor.

—Socio...

—¿Qué...? —Sean Dumbar se libró de la máscara que cubría su

cabeza.

—Este hombre... Creo que vio mi rostro...

—¡Estás loco! ¿Qué es lo que ocurrió? —preguntó Dumbar, malhumorado.

—Mi máscara se desprendió cuando salté sobre él. Sólo fue un segundo, pero sus ojos se encontraron con los míos.

—Halley, eres un estúpido —gruñó Sean—. ¡Te dije que debías atarte el cordón de la máscara al cuello!

—Lo intenté —gruñó Fred Halley—. Pero me sentía ahogar y lo aflojé.

—Está bien, ya no tiene remedio. Da la señal.

Se oyó el estridente silbido de Halley. Un minuto después en el cambio de rasante apareció una enorme grúa sobre camión. Dick Horton frenó suavemente junto a la cuneta, al borde mismo del precipicio protegido por bandas metálicas.

—Socio, no habíamos contado con la nieve. ¿No crees que el furgón puede tirar demasiado de la grúa y despeñar al camión? —preguntó Dick Horton, medroso.

—No, Dick. Baja los apoyos hidráulicos, clávalos bien en la nieve y las garras se afianzarán en el alquitrán de la carretera —indicó Dumbar sin perder la paciencia—. Pero de todas formas, no temas, el camión pesa veinte toneladas y el furgón apenas tres. No hay peligro. ¡Vamos!

En aquel momento se oyó un rumor de motores. Fred Halley se volvió de un respingo. Y al ver a los dos policías de tráfico sobre sus motos, se quedó blanco de pánico.

—¡La poli! —gimió, aterrado.

—Idiota... —le apostrofó Horton—. ¿Es que no recuerdas que son nuestros compinches?

Halley recobró el resuello. Cuando Horton bajó del camión, agarró el cable y le ayudó a apresar el furgón bajo las pinchadas ruedas. Entretanto, O'Brien y Kendall procuraban evitar la zona regada de placas de clavos ocultos entre la nieve que cubría el firme de la carretera.

Dumbar se reunió con ellos y les dio sus instrucciones.

—Ahí están vuestros «paquetes» —señaló los cuerpos inmóviles del conductor y el guardia armado del furgón—. Cargadlos en vuestras motos y llevadlos al pozo de Pine Creek. Ya sabéis lo que tenéis que hacer. Ponedles las esposas y dejad agua y alimentos al alcance de su beca. Y volved inmediatamente.

Briam se quedó mirando, pasmado de asombro, el gran camión-grúa y el cable que apesaba el furgón blindado. Horton maniobraba ya las palancas de la grúa y el furgón se había separado del firme nevado, sujeto al extremo de la elevada

«pluma» articulada.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó intrigado.

—Vamos a descolgar el furgón hasta el fondo de esa grieta del precipicio —respondió Dumbar—. Después cubriremos el furgón con nieve.

—Y ¿para qué molestarse tanto? —inquirió Briam, cuando el furgón se alzó, pendiente del cable de acero y penduleó apenas sobre el vacío—. ¡Hubiera sido más fácil despeñar el furgón...!

Dumbar le miró fijamente.

—Sí. Y el furgón hubiera rodado por la ladera y hubiera ido a detenerse en cualquier sitio visible. Briam, déjame que yo siga dirigiendo la operación. Vosotros llevad a esos dos al pozo y volved inmediatamente.

Briam asintió inmediatamente.

—Tienes razón, Socio. Tú sabes dirigir esto. Estaremos aquí en diez minutos —afirmó.

—Ni uno más —puntualizó Dumbar, tajante. Y se volvió hacia Horton, para guiarle en la maniobra, mientras Kendall y O'Brien se alejaban cuesta abajo con los cuerpos exánimes de dos hombres cruzados sobre los depósitos de gasolina de su motocicleta.

—¡Sube, Halley! —gritó Dumbar.

—Pero...

—¡Hazlo!

Impulsado por la ruda voz de Dumbar, Halley saltó sobre las bandas metálicas de protección del precipicio, y se aferró a la puerta del furgón. Horton, junto al camión, aguardaba, expectante.

Dumbar saltó ágilmente la barandilla y contempló durante unos segundos el tajo oscuro de la sima.

—¡Un metro a la izquierda y abajo! —gritó. Y consultó su reloj: hacía ocho minutos exactamente que él y Halley saltasen sobre los guardias del furgón. No faltaba tiempo, pero tampoco sobraba un solo segundo.

El furgón, con Halley en la cabina, se cernió despacio sobre la estrecha grieta abierta entre las rocas y descendió. Treinta metros, cincuenta, ochenta, ciento diez...

Desde la profundidad llegó el silbido de Halley.

—¡Basta! —gritó Dumbar, alzando una mano. Y la grúa dejó de soltar cable. Ahora había que aguardar aún: Halley debería desatar los garfios que sujetaban el furgón y después hacerse oír con su penetrante silbido.

Entonces tendría que atarse el cable alrededor del cuerpo y dejarse izar hasta la carretera.

Tenso, Dumbar esperaba, atento al oído. Y de repente resonó en

la sima el agudo silbido. Sean contó hasta veinte. Y luego tornó a alzar su mano: Horton movió una palanca y el cable comenzó a enrollarse al extremo de la «pluma».

Un momento después, Dumbar vislumbraba el cuerpo de Halley colgado del cable, sobre la penumbra lechosa del precipicio cubierto de nieve. Un minuto, ochenta segundos... La pluma giró y Halley puso sus pies sobre la carretera.

Dumbar corrió hacia la cabina, cogió un puñado de cartuchos de dinamita y prendió la mecha del primero con su propio cigarrillo. Esperó unos segundos y lanzó la carga sobre la ladera opuesta. La explosión resonó ahogada, pero ocho o diez toneladas de nieve y rocas cayeron en espectacular cascada hacia las profundidades.

Luego lanzó otro cartucho. Y otro, y otro. Hasta que a través de sus prismáticos oteó el fondo de la sima: el furgón se hallaba completamente cubierto de un blanco sudario formado por una capa de más de un metro de nieve y rocas.

En aquel instante, dos faros perforaron las incipientes tinieblas. Briam y Kendall detuvieron sus motos en la penumbra.

—¿Ya? —inquirió Briam, con ansiedad.

—Ya. Tú, Briam, acompañarás a Horton con el camión hasta las proximidades de Yellow River. Volved inmediatamente. ¡Y apagad los faros de vuestras motos! —ordenó Dumbar, colérico.

Las luces se extinguieron.

—¿Y vosotros? —preguntó O'Brien.

—Kendall nos llevará hasta la caverna en su moto. En cuanto a vosotros, Horton sabe el camino. ¡Largaos! —Dumbar alzó la mano y el camión-grúa se puso en marcha, cuesta abajo, con los faros apagados. O'Brien giró el manillar de su máquina y le siguió por la pendiente, sin arrancar el motor y con las luces apagadas.

—¿Qué hacemos? —preguntó Fred Halley a Dumbar, que había arrancado una rama de pino y borraba las huellas marcadas sobre la nieve.

—Procurad no pisar donde yo haya borrado vuestras huellas —respondió Sean con increíble tranquilidad—. Y recoged la plancha de clavos de la carretera. Todo debe estar en orden. Que no quede rastro de nuestra operación.

CAPITULO IX

Dumbar, Kendall y Halley penetraron en la estrecha galería. Kendall empujó hacia dentro su moto, cuyo ancho manillar apenas cabía a través del estrecho pasadizo.

—¿Es que vamos a escondernos aquí como si fuéramos topos? —preguntó Halley, nervioso.

Dumbar le enfocó con la linterna.

—No hay otra solución. Si hubiéramos intentado escapar de aquí, ahora mismo estaríamos en poder de la policía —respondió. Y Halley no se atrevió a hacer más preguntas.

Aguardaron. Durante la espera, fumaron cigarrillos en silencio.

Al cabo resonó el sordo petardeo de un motor. Dumbar atisbo fuera y vislumbró la oscura mancha de la moto que conducía O'Brien. Horton se apeó en marcha del sillín posterior y ambos penetraron en la gruta.

—¿Hiciste lo que acordamos? —preguntó Sean a Horton.

—Sí. Partí uno de los ruptores del delco y lo volví a montar. Puse la nota sobre el volante. «Avería». Y la fecha: 14 de febrero.

—¿Estás seguro de no haber dejado tus huellas en el camión?

—Segurísimo. No me he quitado los guantes ni un solo instante —respondió Dick, tranquilo.

—Bien, entonces ajustemos la compuerta —propuso Dumbar. Salió al exterior y regresó con una plancha de hierro cubierto de nieve por su cara externa. Desde dentro ajustó la plancha a la entrada de la caverna y la sujetó férreamente con un tornillo de expansión.

—¡Estamos encerrados! —exclamó Burt Kendall—. ¡Nos asfixiaremos aquí dentro!

—Nada de eso. Esta red de galerías y cavernas excavadas por las aguas subterráneas miden docenas y doce; ñas de kilómetros. Hay oxígeno suficiente para aguantar un año —respondió Dumbar. Y añadió—: En marcha, seguidme.

Todos encendieron las linternas. Con el tronco inclinado hacia adelante, caminaron a través de la estrecha galería.

Atravesaron una caverna de enormes dimensiones y penetraron a través de una de las tres galerías que se abrían en su fondo.

—¿Adónde diablos nos llevas? —gruñó Halley, fatigado de caminar encorvado.

—Calma. Ya llegamos —respondió Dumbar.

El techo de la galería se alzó paulatinamente. Y, de repente, se hallaron en una inmensa caverna tan alta como una catedral. Columnas de basalto se elevaban hasta la bóveda y gigantescos racimos pétreos de mármol rojo se extendían al fondo como una cascada.

—La cueva de Alí Babá y los cuarenta ladrones —exclamó Horton, burlón.

A la izquierda se erguía un montón de bultos: botellas de butano, cajas de víveres, depósitos de agua, licores...

—Recursos suficientes para resistir varios meses, si fuera preciso —explicó Dumbar—. Pero no temáis, no tendremos que

permanecer tanto tiempo aquí dentro.

Dumbar dejó su linterna en el suelo y encendió una potente lámpara de gas butano.

E inmediatamente conectó la radio de campaña que sacó de una caja de cartón. Pidió silencio a sus camaradas con un gesto y manipuló en los mandos. En seguida se oyó la voz de un operador:

—...furgón blindado desaparecido a treinta y cinco kilómetros de la ciudad de Dowd... Unidades 32, 34, 41, 57, 59 deberán montar controles en los puntos kilométricos...

Dumbar sacó un mapa y fue señalando pequeños círculos en los lugares mencionados por el operador de la policía.

—Sentaos —indicó a sus compañeros—. Podéis fumar, beber, comer, cantar, jugar al póquer, lo que queráis. Extended unas mantas en el suelo, si queréis...

La tensión se rompió. Horton abrió una de las bolsas de víveres, preparó bocadillos y ofreció botellas de cerveza a todos, mientras Dumbar permanecía atento a la radio.

—¿Qué...? —preguntó Briam, que se había acercado con un bocadillo en la mano y la botella de cerveza en la otra.

—La carretera Cuarenta y todas las adyacentes están copadas por la policía. Verdaderamente nos hubiera sido imposible escapar... De todas formas todavía es pronto. La policía nada conoce acerca de la utilización de este tramo de carretera abandonada —Dumbar señaló una roja curva sobre el mapa— por el furgón blindado. Ya veremos.

Apagó la radio y tomó el sandwich y la cerveza que Briam le ofrecía. Horton, Halley y Kendall se acercaron e hicieron corro alrededor de Dumbar. Le contemplaban con intenso respeto, con admiración, como a un dios omnipotente y omnisciente.

—No comprendo cómo apenas en unas horas conseguiste urdir un plan tan complicado, «Socio» —comentó Kendall.

—¿En unas horas? —sonrió Dumbar—. Llevo más de dos semanas rompiéndome el cerebro para conseguir que todo estuviera a punto. Desde el momento en que supe que Bruce Packard había solicitado un crédito al consorcio de Las Vegas.

—Pero... Tú no supiste que el furgón abandonaría Nevada hasta ayer por la tarde. ¿Cómo sabías que llegaría precisamente a través de la carretera Cuarenta? —inquirió Horton, estupefacto.

—*Yo no sabía que el furgón llegaría por la Cuarenta* —especificó Sean—. Había estudiado minuciosamente el trazado de todas las carreteras que llegan a Denver y de cada una de ellas escogí el punto más propicio para el asalto. Recorrí miles de kilómetros, analicé fríamente todas las circunstancias y elegí en cada carretera la zona óptima para apoderarnos del furgón. Cuando ayer supe que el dinero llegaría por la Cuarenta, ya disponía de ese tramo de carretera abandonada y había explorado esta gruta, aunque la montaña está perforada por centenares de galerías y pasadizos...

—Eres un auténtico cerebro —exclamó Briam, sinceramente admirado—. Pero ¿qué ocurriría si la policía descubriera, a pesar de todo, la entrada a esta caverna?

Dumbar se limpió los labios con el dorso de la mano después de beber un largo trago de cerveza.

—Lo tengo previsto. Hay otra salida al exterior: un estrecho tubo que termina en un tajo vertical de más de ciento cincuenta metros. Por eso compré una escalera de nylon, muy resistente. Si fuera preciso utilizaríamos ese punto como vía de escape.

Horton se agitó, impaciente.

—Lo que no comprendo es por qué no me dejaste abrir el furgón blindado en cuanto eliminasteis al conductor y su vigilante armado... —comentó.

Sean se echó a reír.

—Nos hubieran cogido con las manos en la masa —respondió—. Acabo de escuchar en la radio que la policía ha registrado ya el tramo de carretera fuera de servicio.

—Nuestro socio tiene razón —afirmó O'Brien—. Hubiera sido una locura.

—Pero si la policía está ahí abajo, habrán encontrado la grúa. ¡Sospecharán, registrarán palmo a palmo toda la zona! ¡Y aunque nos encontremos a cinco o seis kilómetros de allí... —arguyó Kendall.

—¿Dónde dejaste el camión, Dick? —preguntó Dumbar.

—Detrás de un camión volcado, uno de esos trailers dedicados al transporte de madera —informó Horton.

—Nuestro camión-grúa fue alquilado hace una semana. Nuestro socio capitalista obtuvo autorización del dueño de ese camión volcado para recuperarlo, dato que también conoce el propietario de la grúa. Cuando la policía le interroge dirá la verdad: la grúa emprendió el camino hace una semana, con el fin de rescatar un viejo camión, volcado desde hace tres meses, abandonado por su dueño. Y no relacionarán la presencia de la grúa con la desaparición del furgón blindado. Por otra parte, habéis de tener en cuenta —puntualizó Dumbar— que nadie, excepto nosotros y los dos hombres del furgón, sabe que el vehículo blindado abandonó la Cuarenta para tomar la falsa desviación.

—Creo que tiene razón —aprobó Halley—. Por ese lado no hay peligro.

Dumbar dio un mordisco a su bocadillo y bebió un largo trago de cerveza. Masticó lentamente y añadió:

—Hasta mañana al amanecer no comenzará la verdadera acción policial de rastreo —advirtió para tranquilizar a sus compañeros—. Esta noche, la policía se limitará a establecer rigurosos controles y a copar la zona donde se hallaba el furgón tras el último control por radio, es decir, a más de veinte kilómetros de aquí. Incluso es posible que dejen esta zona fuera del área de rastreo. De modo que descansad y relajaos. Por ahora no existe el menor peligro.

Se puso en pie, abrió otra botella de cerveza y bebió.

—¿Imagináis la cara que habrá puesto nuestro admirado Bruce Packard cuando se enteró de que sus veintiocho millones acababan de evaporarse...? —bromeó.

Horton soltó una risotada. Y luego todos le corearon de excelente humor.

Bueno, no todos. Fred Halley se sentía muy preocupado: el conductor del furgón había contemplado sus facciones durante un segundo. Si, pasado algún tiempo, dejaban a los dos hombres en libertad, el conductor tal vez podría describirle. Y en tal caso...

«Lo más razonable es eliminar a los dos hombres que yacen en el pozo de Pine Creek. Si Dumbar no lo hace, tendré que hacerlo yo», pensó, sombrío.

CAPITULO X

Bruce Packard tuvo que ser hospitalizado, víctima de un ataque de histerismo agudo.

Pensando en ello, Deane Gates se sentía íntimamente angustiada.

Conocía ya la desaparición del furgón blindado y la pérdida de veintiocho millones de dólares. Con ello, la ruina de Packard era inminente, pues el Lindsay Bank le había dado de plazo el 17 de febrero, como fecha tope para la entrega del dinero que convertiría a Packard en el mayor accionista.

Deane acudió el 17 de febrero a su trabajo en el banco. Aquella mañana se había contemplado en el espejo y descubierto las profundas y violáceas ojeras, las facciones demacradas...

«Sospecharán de mí», pensó, aterrada. Y se esforzó en borrar las huellas del insomnio y la tensión con una capa espesa de maquillaje.

En cuanto llegó al banco, adivinó que algo grave había ocurrido. Los empleados hablaban en susurros, los rostros estaban tensos y las miradas sombrías.

Se lo dijeron en seguida: Packard había sido hospitalizado. Ya el asunto de los veintiocho millones no era un secreto para nadie.

Deane penetró en el despacho de Albert Turney, el subdirector. Turney la miró fijamente a través de sus gafas de montura dorada y Deane se sintió interiormente agitada.

—Supongo que la han informado ya del incidente —insinuó Turney.

«*Calma, calma, calma* —se recomendó Deane a sí misma—. *¡Mantén el control de ti misma o te traicionarías. Y en tal caso...*»

—Sí, señor Turney, me han informado —respondió con voz serena—. ¿Puedo serle de alguna utilidad?

—Me temo que no —respondió el subdirector, preocupado—. El señor Packard está en el hospital y las cosas no pueden ir peor. Sospecho que dentro de poco estemos todos en la calle —Turney se interrumpió, temeroso de haber hablado con exceso—. Señorita Gates, le ruego que no repita mis palabras a nadie o cundiría el pánico, tanto entre los empleados como en nuestros clientes.

—Puede confiar en mí, señor.

—Lo sé. Y se lo agradezco de veras. Váyase a casa, si quiere. O, mejor, si no le importa, ¿por qué no va a visitar al señor Packard? Con seguridad que agradecerá su visita.

—Pensaba hacerlo, señor Turney. Se lo prometo, iré. i

—Gracias, señorita Gates.

Fue en efecto al hospital. Las piernas le temblaban. ¿Qué pensaría

Packard cuando la viera? ¿No sospecharía que ella tenía algo que ver en la desaparición del furgón blindado?

Tuvo que esperar más de una hora, antes de que una enfermera la condujera a la habitación de Bruce Packard.

Avanzó unos pasos. La habitación estaba en semipenumbra.

—No más de diez minutos —recordó, severa, la enfermera. Y salió.

Al fin distinguió a su director entre las ropas del lecho. Packard se cobijaba, hecho un rebusco, bajo las sábanas. Encogido sobre sí mismo, parecía haber disminuido de tamaño.

Tenía el rostro ceniciento y parecía haber envejecido diez años en sólo unas horas.

Cuando reconoció a Deane, rompió en convulsivos sollozos.

—¡Señorita Gates, estamos arruinados, perdidos, hundidos...! —lloriqueó, desolado.

Muy impresionada, ella se aproximó.

—Por favor, señor Packard. Cállese. Quizá todo pueda arreglarse —murmuró, aconsejada. Porque se sentía culpable de la aflicción desesperada de Bruce Packard.

El le tomó las manos en un arrebató convulsivo y gimió:

—¡No, no! Estoy seguro de que lo he perdido todo. Algo me dice que me he arruinado para siempre...

Mojaba las manos de Deane con sus lágrimas y se agitaba, tembloroso.

Deane sintió un nudo en la garganta. Sentía pena, compasión y repugnancia ante aquel guiñapo de hombre, totalmente vencido. Pero también era consciente de que ella era culpable. Había informado ingenuamente a Jonnie Jones. Y éste...

—Debo hablar a Packard, debo contarle la verdad —se propuso.

Pero cuando sus labios se abrieron, comprendió que era incapaz de delatar al hombre que amaba.

A fin de cuentas, ¿quién podría asegurar que Jonnie fuera culpable? Ciertó que todo parecía acusarle, pero ¿no habría sufrido un accidente?

Permaneció junto a Packard, silenciosa, hasta que la enfermera entró en la habitación.

—Lo lamento, pero las órdenes son estrictas, señorita. Los diez minutos de visita se han cumplido.

Deane logró desprenderse de las manos de Packard, murmuró una despedida y se alejó hacia la puerta. Desde allí aún escuchó el lloriqueo del hombre:

—¡Todo está hundido, todo está perdido...!

Deane volvió a casa.

Se sentía atormentada, vacilante y confusa.

Los temores, las dudas, la acosaban.

—La policía sospechará de mí, a la larga. Me detendrán, me interrogarán, tal vez vaya a la cárcel...

Y pensaba continuamente en Jonnie Jones.

—Si es inocente, ¿por qué no viene, por qué no me explica...?

Pero transcurrirían muchos días antes de que Deane Gates obtuviera una respuesta.

* * *

Un helicóptero sobrevolaba Rowles Pike.

—Atención, E-25... Atención E-25: nada a la vista. La sierra está completamente cubierta de nieve. No hemos descubierto nada anormal. El temporal arrecia, el tiempo está contra nosotros... ¡Eh, esperad! Ese camión...

—Atención, Sirkorsky-03. ¿Os referís a una grúa sobre camión situado detrás de un tráiler volcado? Cambio.

—En efecto, E-25. Una grúa pesada, y el camión volcado, cubierto de nieve. ¿Es interesante? Cambio.

—No perdáis el tiempo en eso. La policía de tráfico ha logrado establecer que esos dos vehículos están ahí hace tiempo. ¿Nada más?

—Eso es todo, E-25. Daremos un par de pasadas sobre la zona. Pero me temo que no encontremos nada. El vuelo es difícil en estas condiciones. Volveremos a la Base dentro de media hora.

—O.K., Sirkorsky-03. Cambio y cierro.

Seiscientos metros más abajo, Dumbar apagó la radio y sonrió, complacido

—¿Lo veis? Como os aseguré, la grúa no nos traerá problemas.

Pero los hombres que le rodeaban no se sentían muy alegres. Por el contrario, sus semblantes reflejaban impaciencia, cansancio, hastío.

Era lógico. Llevaban cinco días prisioneros en aquella ratonera. En verdad, no se había producido ningún momento de peligro, excepto en la mañana del día 17 de febrero. En aquella fecha, unidades especializadas de montaña habían sido desembarcadas de potentes helicópteros en la cota 2.000 de las Montañas Rocosas. Centenares de hombres armados habían tamizado el terreno, escudriñando cada vaguada, cada grieta, cada tronco...

Habían pasado muy cerca de la entrada de la galería. Y allí se encontraban Dumbar y O'Brien, montando guardia.

Ambos habían percibido perfectamente los ladridos de los perros-pastor alemanes, los gritos desacompañados, el rumor de

los pies calzados con raquetas para nieve, las órdenes e informaciones gritadas a través de la radio...

Las unidades de montaña habían descendido desde los picos más altos de la cordillera hasta pasar a menos de cinco metros de la boca camuflada de la caverna. Luego los ladridos y las voces se alejaron. En adelante, sólo tuvieron información directa del rastro policíaco a través de la radio.

En principio, los cinco hombres habían bromeado, reído, jugado y bebido sin problemas.

También se habían jugado enormes cantidades hipotéticas de dólares, habían hecho ejercicios gimnásticos, explorado las galerías, sorteado entre ellos el cargo de cocinero...

Sin embargo, al cabo de cinco días comenzaron a padecer de claustrofobia.

Dumbar lo reconocía para sí: era demasiado tiempo aislados, bajo tierra, sin diversiones normales, sin mujeres, sin sol...

Las pupilas de todos los componentes del equipo se habían dilatado, al transcurrir tantas horas con la iluminación artificial. Para ellos no había noche ni día, aunque Dumbar se esforzaba en marcarles aquella diferencia con diferentes actividades.

Pero no valía ya imaginar juegos atractivos, ni sacar una baraja o unos dados. Los hombres de su equipo estaban deseosos de abandonar la madriguera y salir al aire libre.

Surgieron algunas incidencias. Horton quiso pelearse con Burt Kendall, Briam se emborrachaba constantemente y Halley se retiraba a un rincón, donde permanecía en actitud concentrada y sombría.

Así y todo, Dumbar consiguió mantenerles bajo su disciplina otros cuatro días más.

Por desgracia, el nerviosismo, la tensión y el malestar general iban en aumento. Por el contrario, día a día iban desapareciendo las comunicaciones radiofónicas que anunciaban operaciones policiales en la zona.

En la tarde del 25 de febrero, Dumbar anunció:

—Saldremos al anoecer. Cada cual llevará un macuto con parte del equipo. Vamos a por el dinero.

La tensión cedió, los rostros de sus compañeros mostraron el entusiasmo y la alegría de la liberación.

La decisión de Dumbar no se debía solamente al creciente malestar que se manifestaba entre los individuos del equipo, sino a los informes del servicio meteorológico: la ola de frío comenzaba a ceder, se anunciaban borrascas procedentes del suroeste, que probablemente acarrearían lluvias torrenciales en las altas cotas de las Rocosas. Lo que venía a significar que la

nieve se derretiría en pocos días y el furgón sepultado en la profunda grieta se haría peligrosamente visible.

A las seis de la tarde, los cinco hombres cargaron sus equipos y empezaron la dificultosa caminata a través de las angostas galerías.

Llegados a la boca de la caverna, fue preciso que todos se librasen de sus macutos, y retirasen hacia el interior las motos, pues la plancha de la entrada no cedía.

Invirtieron más de media hora en desplazar la enorme cantidad de nieve caída sobre la plancha de hierro. Por último, se abrió una grieta y penetró en la galería un poco de la decreciente claridad diurna.

Al fin, la salida quedó libre. Los hombres cargaron sus equipos y cerraron la entrada apelmazando puñados de nieve sobre la plancha.

Equipados con vestiduras blancas, se deslizaron sobre sus raquetas cuesta abajo. Una hora después, ya de noche cerrada, alcanzaron la carretera fuera de uso. Horton y O'Brien subieron al acueducto y descolgaron un balón de oxígeno y otro de acetileno.

Entretanto, Dumbar vigilaba tras el tronco de un robusto pino y Kendall y Halley afianzaban una escala para descender a la profunda grieta.

Un resplandor anaranjado bañó el nevado y angosto valle minutos después.

—¡La luna! —exclamó Dumbar—. Tanto mejor, ello nos ahorrará el peligro de usar nuestra linternas.

Los balones de oxígeno y acetileno fueron descendidos al extremo de una resistente soga de nylon. Mientras sus hombres bajaban a través de la escalera, Dumbar permanecía vigilante. Y cuando en las profundidades brilló un leve resplandor intermitente, Sean emprendió el descenso.

Era preciso bajar de espaldas, sin mirar la negra profundidad, pues el pavoroso vacío suponía una irresistible llamada a la muerte.

Cuando todos estuvieron en la siniestra hondura de la grieta, Dumbar armó su pala articulada y todos le imitaron.

A las nueve, la parte posterior del furgón estaba al descubierto. La luz de la luna no llegaba hasta aquel recóndito pozo, oculto a todas las miradas indiscretas, pero Dumbar se empeñó en que tendieran sobre el vehículo una oscura lona plastificada.

Inmediatamente, Horton comenzó a trabajar: conectó los balones a su boquilla de oxi-corte y atacó el portón posterior. Dick conocía su oficio: En menos de diez minutos, el portón estaba abierto.

Todos penetraron ansiosos en el furgón. Pero se detuvieron al tropezar con la cromada superficie del cofre blindado. Ante la estupefacción de todos, Dumbar sacó de su bolsillo un croquis impreso y lo puso en las manos de Dick Horton. Luego marcó tres puntos de color con el trazo de un grueso rotulador.

—Aquí... Aquí y aquí —indicó.

—Bien —susurró Horton. Y la finísima y silbante llama de su soplete atacó el metal en los puntos marcados.

El aire se enrarecía dentro del furgón cubierto con la lona negra que evitaba que el resplandor del soplete fuera visto desde el exterior. Halley tuvo que salir a respirar, pues tosía desaforadamente.

Cuando volvió dentro, quedó mudo de asombro al ver que Horton tiraba de una de las puertas de la caja con sus manos enguantadas.

Todos contuvieron el aliento al contemplar los sacos precintados que se amontonaban en el interior del cofre.

—Veintiocho millones —murmuró Horton con un hilo de voz. Y se desmayó.

CAPITULO XI

Y luego, en la caverna, todo fue una fiesta.

Briam y Kendall habían abierto dos de los sacos y lanzaban puñados de fajos al aire, manoseaban los billetes, los dejaban revolotear sobre sus cabezas, se revolcaban sobre el piso de arena cubierto de dinero.

En el paroxismo del entusiasmo, Briam O'Brien gritaba:

—¡Dólares, dólares, millones de dólares! Dinero sucio, billetes usados y grasientos, que provienen de los más lujosos casinos de Las Vegas...

Dumbar les dejó durante un rato, pero al fin tuvo que poner orden en medio del desconcierto.

—¡Calmaos! —gritó—. Ha llegado la hora de repartir.

Los cuatro hombres cesaron en sus gritos y se le quedaron mirando con los ojos brillantes.

—¡A repartir!

—¡Eso, eso, a repartir! —chilló Horton, repuesto ya de su desmayo provocado por los gases acumulados en el interior del furgón.

—Bien —Dumbar les miró severamente—. ¿Cuánto os prometí?

—¡Un millón! ¡A mí me prometiste un millón de dólares! —chilló Horton, fuera de sí.

—¡Calma! Cada cual recibirá su parte —gritó Sean, enérgico.

—También a mí me prometiste un millón —afirmó Halley.

—Y a mí —repitió O'Brien.

—Un millón. Eso fue lo que me prometiste —declaró Kendall, con los ojos brillantes—, Pero, socio, aquí hay muchos millones. Veintiocho, según las cuentas.

—¿Y qué? —inquirió Dumbar, mirándole fijamente.

—Que tú vas a quedarte con la mejor parte. Y que yo —súbitamente Kendall sacó un revólver de entre sus ropas— no me conformo con tan poco.

Dumbar encendió un cigarrillo. Todos le contemplaban, resacas las fauces de emocionada tensión.

—¿Qué piensas hacer? —replicó Sean, expeliendo una bocanada de humo—. Yo voy a cumplir con el trato: un millón para cada uno, incluido nuestro socio capitalista.

—Eso sólo significan seis millones. ¿Es que tú piensas quedarte con veintidós? —barbotó Kendall, rabioso.

—Lo que yo haga con el resto del dinero, no es de vuestra incumbencia. Por otra parte, un millón es mucho dinero..

Kendall se puso en pie de un salto.

—No para mí. ¡Quiero que repartas a partes iguales, socio!

Déjame pensar... Veintiocho millones entre... Sí, entre seis... deben tocar a... A ver... Algo más de cuatro millones seiscientos mil dólares. Te perdono el pico, pero quiero mis cuatro millones seiscientos mil —exigió.

Dumbar, que estaba de rodillas sobre una manta extendida, se puso en pie de un elástico salto.

—Y si no te doy lo que me pides, ¿qué harás? —inquirió vigilando a Kendall fijamente.

—Tendré que matarte —pronunció éste.

—Vamos, reflexiona. A todos os he dado la oportunidad de vengaros de Packard. Os he facilitado las cosas, he pensado por vosotros para que corrieseis el mínimo riesgo. ¿Crees que tu actitud es leal?

Kendall retrocedió un paso.

—No tengo escrúpulos de conciencia, socio. Quiero mi dinero. La parte que me corresponde.

—Pues no pienso dártelo —negó Dumbar.

—En ese caso...

—En ese caso, ¿qué? —Sean había avanzado hasta que el revólver de Kendall le rozó el pecho.

Burt tragó saliva. Su dedo índice se plegó sobre el gatillo del revólver y sus facciones se tornaron brillantes de sudor.

De repente, dejó caer el revólver y suspiró profundamente.

—Nada —murmuró ahogadamente—. No soy un criminal, no sería capaz de matarte, aunque con ello ganase una fortuna.

Dumbar dejó caer su mano izquierda sobre el hombro de Kendall.

—¡Bravo, compañero! Tu rasgo acaba de salvarte la vida —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Burt.

Sean sonrió sin ganas.

—He llegado a apreciaros durante estos días de íntima convivencia, pero la verdad es que no confío mucho en la lealtad humana...

Se inclinó, tomó el revólver de Kendall, apuntó al techo y apretó el gatillo. No se oyó el disparo, sólo el leve picotazo en vacío del percutor.

—Por eso quité las balas a tu revólver mientras dormías, Burt. Tu revólver era inofensivo. Como la «Walker» de Brian O'Brien y la «Magnum» de Fred Halley. Todo lo contrario de mi sencilla pistola «Colt» —Dumbar la sacó con un ademán veloz de su cinturón y encañonó a Kendall, que retrocedió aterrorizado.

—No... no irás a disparar. Tú dijiste que...

—No temas. No dispararé contra ti, ni contra nadie, excepto que alguno de vosotros me obligue a hacerlo. Por otra parte...

creo que tenéis razón: yo pensé más que vosotros, pero lo cierto es que todos hemos corrido el mismo riesgo. Así es que repartiremos a partes iguales. Como tú querías, Burt —declaró Dumbar.

—Pero...

—Es justo que tu parte sea mayor, socio —observó Briam.

—¡Claro que sí, socio! Sin tu cerebro, nunca habiéramos tenido esta cantidad de dinero —le apoyó Horton.

Dumbar aplastó su cigarrillo con la puntera de la bota.

—Es extraño: ahora mismo acabo de descubrir que el dinero no me importa tanto. Y tampoco me siento satisfecho con la venganza. Pero no os preocupéis: mi decisión es firme, así que dividiremos el botín en partes exactamente iguales —respondió.

—¿Qué hacemos? —preguntó Halley, nervioso.

—Abrir las bolsas y contar el dinero. Luego quemaremos las bolsas y cada cual guardará su parte en los macutos de cazador que trajimos. ¡Vamos, empezad!

Las manos, nerviosas e impacientes, destrozaron los precintos y extrajeron los gruesos fajos de billetes usados. Fueron alzándose sobre el suelo simétricas pilas que iban formando seis montones exactamente iguales.

—Cada uno de vosotros tomará un montón —indicó Dumbar, indiferente—. Yo guardaré mi parte y la de nuestro socio capitalista. Espero que se sienta satisfecho al comprobar que su dinero se ha multiplicado casi cincuenta veces.

Cuando todos hubieron guardado los pesados montones, Dumbar señaló a Halley:

—Tú, Fred. irás a llevar comida a los guardias del furgón. Date prisa, te acompañaré hasta la salida y te esperaré allí: esos hombres deben estar sedientos y medio muertos de hambre.

—¿Qué diablos nos importan esos dos tipos? ¡Por mi parte los dejaría morir! —barbotó Halley.

—Pero no por la mía. Coge los víveres y en marcha, Fred.

Poco después retiraban la plancha que cerraba la entrada a la caverna. Y Halley desapareció en la oscuridad.

Varias veces se volvió hacia atrás, pero al fin caminó en sus raquetas sobre la nieve y avivó el paso. Media hora después llegó al fondo de una vaguada. Miró las marcas señaladas en los troncos de los pinos, avanzó unos metros y escarbó en un montículo de nieve. Inmediatamente separó las ramas de pino que cubrían el profundo pozo de quince metros.

Vaciló. Al borde del brocal pétreo había una piedra que debería pesar unos treinta kilos. Y de repente se decidió. Tomó la roca con sus manos, la removió y la empujó hacia el pozo.

Alguien saltó sobre él en aquel momento. Halley se revolvió rabioso en la nieve, pero dos secos puñetazos en la mandíbula terminaron pronto con su resistencia.

—Eres un cerdo, Fred —le acusó Dumbar—. Te proponías asesinar a ese par de infelices. Impunemente.

—¿Qué quieres que hiciera? —Fred escupió un buche de sangre—. Uno de esos tipos pudo ver mi rostro. Es peligroso para mí. Y también para vosotros...

—¡Estúpido! Sólo pudo verte durante un segundo y desde un plano en que apenas pudo vislumbrar el bulto que se le venía encima. —Sean jadeó, enfurecido—. ¿Te has detenido a reflexionar? Esos hombres proceden de Las Vegas, viven a más de mil millas de aquí. ¿Cuál es el peligro? ¿Que declaren que uno de ellos vio a un tipo con barba y cabellos rubios? ¡Puedes afeitarte la barba y teñirte el pelo, si tienes tanto miedo!

Dumbar le puso en pie de un violento tirón. Halley, confuso, balbuceó:

—Creo que... tienes razón. El miedo me cegó.

—Está bien. Descolguemos el agua y los víveres. Démonos prisa. En nuestra madriguera estaremos más seguros. Y no vuelvas a pensar algo semejante o te arrepentirás —gruñó Dumbar.

—De acuerdo, socio. Confieso que me comporté como un idiota.

—Eso está mejor —aprobo Sean.

CAPITULO XII

Horton fue el primero en concretar la idea que estaba en el pensamiento de todos.

—Socio, quiero marcharme —dijo a Dumbar.

—¿Por qué tanta prisa? Ahora, nuestro dinero está seguro. ¿Por qué no dejas pasar unos días aún? —respondió Sean.

—Yo también quiero irme. No aguanto más esta inactividad dentro de una covacha —pronunció Kendall.

—¿Y tú, Halley?

—Si no te importa, socio, me marcharé. Seguiré tus instrucciones al pie de la letra. Descuidad: no os pondré en peligro.

Briam O'Brien se aproximó a Dumbar.

—No lo tomes como una deserción, socio, pero debo decirte que yo también me iré. Aquí dentro me siento como un león enjaulado —dijo.

Sean se puso en pie.

—¿Y si os interceptan, antes de que consigáis llegar a un lugar habitado? No estoy seguro de que las operaciones policiales hayan cesado por completo...

—Vamos, socio. Tú mismo has permanecido horas y horas oyendo la radio. ¿Y qué? Nada. Silencio absoluto. Además... hemos observado con tus prismáticos la sierra. No se advierte movimiento alguno —explicó Brian.

Dumbar reflexionó un instante. Todos le miraban, expectantes, todos aguardaban su decisión.

—Está bien, marchaos si no sois capaces de aguantar aquí. Pero tomad todas las precauciones —recomendó.

—¿Y tú? ¿No vas a acompañarnos? —preguntó Horton, con vivo interés.

—Digamos que... no tengo prisa. Pero no lo hagáis por mí. Idos, si ya lo habéis decidido.

En silencio, los cuatro hombres dispusieron los macutos y cargaron a la espalda sus raquetas para la nieve.

—¿Ya? —preguntó Dumbar al cabo.

—Sí —asintió Briam.

—Bien, es acompañaré hasta la salida.

—¿Y los guardias del furgón? —preguntó Horton.

—Los liberaré dentro de unos días. Les obligaré a caminar unos kilómetros y los dejaré ir. Ellos sabrán librarse de los sacos y de las esposas —respondió Dumbar.

Quince minutos después retiraban la plancha metálica de la entrada. Eran las seis de la tarde. La luz diurna decrecía rápidamente.

—Buena suerte —exclamó Briam. Y los demás le corearon. Dumbar les vio ir y esperó hasta que desaparecieron en el tupido bosque de pinos. Luego volvió adentro, pero sólo dejó sobrepuesta la plancha metálica.

Cuando llegó a la caverna, abrió su macuto y comenzó a retirar su parte y la de Alexander York. Cuidadosamente fue colocando los numerosos fajos en cuatro cajas de cartón que trasladó hasta la galería adyacente.

Con la ayuda de su pala, cavó un gran agujero en la arena seca de la inclinada galería. Cubrió bien las cajas dentro del hoyo, apisonó la arena, desparramó dos o tres puñados encima para disimular la presión de la herramienta y volvió a la amplia caverna que les había servido de vivac.

De repente, se oyó el rumor de pasos vivos en la galería de entrada. Dumbar se incorporó de un salto, se guareció tras una hendidura de la roca y aguardó, con su pistola empuñada.

Alguien se acercaba. Debían ser varias personas. Pero ¿quiénes?

Cuando la tensión había llegado a su límite, Dumbar, pasmado de asombro, vio penetrar en la gruta a O'Brien, Horton, Halley y Kendall. Jadeantes, fatigados, con los rostros congestionados por el esfuerzo.

—Bienvenidos al dulce hogar, amiguitas —exclamó burlonamente Dumbar. Y de un salto abandonó su escondite.

—¡Socio! —gritó Horton, alegremente.

—Vamos, reventad. ¿Qué os ha impulsado a volver? —inquirió Sean.

—Estuvimos a punto de tropezar con una patrulla del ejército —confesó O'Brien, respirando con esfuerzo—. La sierra está infestada de unidades de montaña. Hay miles de ellos. Rastrean las montaña en un frente de más de un kilómetro de anchura y llevan consigo rehalas de podencos y sabuesos...

—Y vosotros, estúpidamente, les guiaréis hasta aquí —gruñó Dumbar, furioso—. ¿Qué precauciones habéis tomado?

—Tranquilízate, socio —respondió Horton—. Cada uno de nosotros llevaba tras sí una rama de pino para borrar las huellas. Hemos amontonado nieve limpia sobre la plancha de la entrada. Por fortuna, tú no habías cerrado por dentro...

—Intuí que volveríais. No quisisteis escuchar mis consejos y así os ha lucido el pelo. Ya veremos si escaparnos de ésta.

Callaron. Nadie estaba de humor para hablar. Cada uno de ellos dejó su macuto y sus raquetas junto al mármol rojo del muro y se dejaron caer, exhaustos.

Fue una noche de extraña tensión. Los cinco hombres se relevaban tras la trampilla metálica, a la escucha de los rumores que provenían del exterior. En una ocasión la trampilla vibró bajo

el peso de una persona o un animal y se oyó el ladrido de un perro.

—¡Nos han descubierto! —gimió Horton, espeluznado. Pero luego el rumor producido por hombres y animales se alejó paulatinamente. Sin embargo, ninguno de ellos durmió durante el resto de la noche.

Transcurrieron otros dos días. Al tercero, Dumbar captó un mensaje a través de las ondas que llevó la confianza al ánimo de todos: las unidades de montaña se habían retirado de las Rocosas, la actividad policial decrecía...

—¿Qué has hecho con tu dinero, socio? —preguntó a Dumbar, Briam O'Brien.

—Lo he escondido. Volveré a por él cuando esto se haya apaciguado.

—Tienes razón. ¿Quieres guardar mi dinero junto al tuyo? —pidió Briam. Halley, Kendall y Horton le hicieron la misma petición.

Hubo que ampliar mucho el hoyo de la galería adyacente. Briam lo cubrió todo con varias bolsas de plástico grandes y después lo recubrieron con arena apisonada.

—Vamos a salir —propuso Dumbar esta tarde—. Yo también estoy cansado de estar aquí. Me he quedado con unos miles de dólares para los gastos. Y supongo que vosotros habréis hecho otro tanto...

—Sí —afirmaron los cuatro.

—Bien, os voy a hacer una proposición: volveremos aquí dentro de quince días, si vemos la zona despejada, y recogeremos nuestro dinero.

—No está mal, ¿pero cómo estaré seguro de que alguno de nosotros no nos juega una broma pesada y carga con todo el botín? —preguntó Halley, más desconfiado.

—Hay un medio fácil para evitarlo: vivamos todos juntos, sin permitir que uno solo de nosotros se separe de los demás. Cuando las condiciones sean propicias, volveremos en grupo a por el dinero —dijo Dumbar.

—De acuerdo. Pero ¿dónde viviremos? —quiso saber Horton.

—En mi furgoneta cabernos todos. Compraremos unas literas, unos colchones y dormiremos en el coche. Iremos a todas partes juntos. No es demasiado exigir: sólo serán quince días. ¿Estáis de acuerdo?

—De acuerdo.

Aguardaron al atardecer. Dumbar recogió sus prismáticos y un plano. Cerca de las seis, abandonaron la caverna, introdujeron la plancha dentro, cortaron un pino de poca altura y cegaron la

entrada con tierra y roca, dejando el pino en el medio.

Luego descendieron de la sierra.

* * *

Pensaba constantemente en Deane. Durante el día, en compañía de sus socios, por la noche a través de las fatigosas pesadillas que le dejaban por la mañana exhausto y dolorido.

—Deane, Deane... ¡Deane!

No. No sería fácil borrarla de su pensamiento. Y mucho menos de su corazón. Pero era necesario, si pensaba seriamente en la seguridad propia y, sobre todo, en la de la adorada Deane.

¿Dónde estaría, qué haría, con quién hablaría...? ¿Pensaría en él, le añoraría, le... maldeciría?

Dumbar estuvo mil veces a punto de llamarla por teléfono, de correr hacia la residencia Ambler y estrecharla frenéticamente entre sus brazos.

Pero no se decidía a hacerlo. En parte, porque no quería herirla más profundamente, en parte por mantener a Deane ajena a sus compañeros de riesgos y fortuna.

Hacía diez días que llovía sin cesar. La lluvia caía monótonamente, densa y calmosa, como si los cielos hubieran dictaminado un segundo Diluvio Universal.

Los cinco camaradas cumplían a rajatabla las reglas del juego. Dormían por la noche en el interior de la furgoneta de Dumbar, siempre estacionada en lugar distinto y discreto. A la luz del amanecer, abandonaban el vehículo uno a uno y se reunían en una cafetería, en un bar, en un restaurante.

Dumbar procuraba dirigirlos siempre hacia los lugares más concurridos donde pudieran pasar inadvertidos. Hacían pequeñas compras en los grandes almacenes, mataban el tiempo en las más populosas salas de cine, asistían a un partido de base-ball o a un combate de boxeo.

Al fin, también aquel tipo de actividades en la constante compañía de los otros se volvía tedioso y cansado hasta el límite. Y además, la constante y monótona lluvia cayendo sin cesar...

Habían adquirido unas escopetas de caza, varios equipos de cazador. Cuando volviesen a la «Cueva de Alí Babá», como Horton la había bautizado, sería muy útil camuflarse como cazadores, por si surgía alguna desagradable sorpresa allá arriba.

Llevaban doce días viviendo en compañía. No se permitía una llamada telefónica, ni echar una carta a un buzón, ni siquiera conversar con un conocido. Esas eran las reglas.

Aquella tarde, Horton dijo:

—Hoy se corre el «Grand Prix» en el hipódromo.

—¿Y qué? —gruñó Halley, aburrido.

—Que me gustaría apostar un par de miles a favor de «Alpha», un precioso potro de tres años. Siempre quise apostar en las carreras, pero nunca tuve el dinero necesario para hacerlo —respondió Dick.

—También a mí me gustaría apostar —añadió Briam, muy interesado.

—Con este tiempo, el «Grand Prix» se suspenderá. Las pistas estarán convertidas en lagunas —observó Kendall.

—Nada de eso. ¿No habéis oído las noticias en mi radio a transistores? Las pistas están en buen estado y hoy el día ha aclarado mucho —dijo Dick.

—Está bien —exclamó Dumbar—. Iremos al hipódromo.

Se trasladaron hasta allá en un taxi y sacaron entradas para la «pelousse». En el tablero, Dumbar observó que el caballo más cotizado era «Custer», de la yeguada McWinner. El favorito de Horton, «Alpha» ocupaba el último lugar en las preferencias de los apostadores.

—De todas formas, apostaré cinco mil por «Alpha» —declaró Dick, tercamente.

—Toma. Apuesta otros cinco mil por «Alpha» a mi cuenta —ofreció Sean.

—Es como perder el dinero, socio —dijo desdeñosamente Briam—. Ese penco no vale nada.

—¿Qué me importa? Tengo dinero suficiente.

—Nuestro socio tiene razón —Kendall dejó escapar una risotada—. Podemos permitirnós perder cinco mil por ese caballejo. Toma otros cinco mil, Dick.

Finalmente, todos entregaron su dinero a Dick para que lo apostara a favor del despreciable «Alpha». Y poco antes de la carrera, Horton marchó hacia la taquilla, mientras los demás le vigilaban discretamente.

Volvió luego con un grueso fajo de boletos.

—Guárdalos tú, socio. Tengo más confianza en ti que en nadie —y se los entregó a Dumbar.

Se dio la salida para el «Grand Prix». El público gritaba en la «pelousse» animando al favorito, «Custer». Y en aquel momento, Halley agarró por un brazo a Dumbar con brusquedad.

—¡Socio! ¡El tipo del furgón, está ahí, me ha mirado fijamente! ¡Ha debido reconocerme! —gritó, temblando como un azogado.

El pánico se desató entre los cinco hombres. Halley se escapaba, se escurría entre el público, atropellando a la gente, empujando, gritando... Detrás de él, corrían Kendall, Horton, O'Brien y el propio Dumbar.

Minutos después, los cinco subían precipitadamente a un taxi y se alejaban del hipódromo.

Cuando llegaron al centro de la ciudad, abandonaron el vehículo y se reunieron en la bolera «Golden».

—Pero ¿qué diablos te ocurrió, Fred, maldita sea? —le apostrofó Sean, aprisionándole por un brazo.

—¡El conductor del furgón! Te lo advertí, socio: no debiste liberarlos, tendríamos que haberlos «apiolado»...

¡Estaba allí, a dos metros de distancia! Y me miraba fijamente! Debí reconocerme. Y ahora... ¡estamos perdidos!

—¡Cálmate! —rugió Dumbar—. Veamos. ¿Por qué estás seguro de que aquel hombre era el conductor del furgón blindado?

—Vestía el mismo uniforme, la misma chaqueta de cuero, la gorra de plato, las insignias...

—Hay miles de uniformes así, Fred. ¿Viste su cara, reconociste sus facciones? —insistió Sean.

Halley parpadeó, vacilante.

—Bueno, no sé... No tuve tiempo de...

—¡Idiota! —gruñó O'Brien—. Nos has dado un susto de muerte a cambio de nada.

—Bien, calmaos. Vamos a cenar y a tomar una copa. Nos acostaremos pronto esta noche. Mañana por la mañana madrugaremos, vestiremos nuestros equipos de cazador, alquilaremos un «jeep» y subiremos a la «Cueva de Alí Babá» para recuperar nuestro dinero —decidió Dumbar.

CAPITULO XIII

El cielo estaba despejado y la radio anunciaba una mejoría en las condiciones climatológicas: tiempo seco y soleado.

En efecto, a las ocho de la mañana un sol radiante bañó de luz las estribaciones de las Montañas Rocosas.

El «jeep» en el que viajaban Sean Dumbar y sus socios se apartó de la carretera Cuarenta y tomó un camino forestal.

Una hora más tarde el vehículo se detenía en las estribaciones de Rowles Pike.

—Coged los macutos y las escopetas y andando —dijo Dumbar.

Los cinco hombres avanzaron con precaución, separados, como si acabasen de iniciar una batida de caza.

Desde lo alto de un picacho, Dumbar exploró los alrededores con sus prismáticos.

—Calma absoluta —advirtió a sus camaradas—. No hay nadie a la vista.

Reanudaron la caminata, siempre cuesta arriba. Y al fin se detuvieron y miraron ansiosamente hacia la falda de la sierra.

Allí estaba el pino que plantaran ante la entrada de la caverna. Un poco mustio pero intacto.

Mientras Dumbar y Briam vigilaban los alrededores, Horton, Halley y Kendall dejaron libre la entrada. Y luego todos penetraron en pelotón en la galería.

Habrían caminado medio centenar de metros, cuando Dumbar se detuvo en seco.

—¡Callad! —pidió—. ¿No oís?

Contuvieron el aliento. Hasta ellos llegaba claramente un rumor semejante al que produciría el agua de un riachuelo.

Los muros pétreos rezumaban humedad. Hilillos de agua cristalina chorreaban a través de las grietas.

—¿Qué pasa? —preguntó Horton, que iba el último—. ¿Seguimos o qué?

Dumbar prosiguió la marcha. Cuando alcanzaron la primera caverna, advirtieron que un arroyo de agua transparente cruzaba el piso en diagonal y desaparecía a través de una de las tres galerías de la bifurcación.

Dumbar tragó saliva. Y el negro augurio comenzó a rondar insistente su mente.

Saltaron por encima del agua y siguieron adelante. Agua por todas partes, hilillos goteantes en las bóvedas, pequeños manantiales entre las anfractuosidades de las rocas, arroyuelos que corrían aquí y allá...

De repente, llegaron ante la «Cueva de Alí Babá». Dumbar

frunció el ceño: los enseres del vivac habían desaparecido y apenas quedaban los objetos metálicos más pesados, las botellas de butano, la radio...

Las aguas subterráneas, tumultuosas, habían excavado un profundo canal en el piso de la gruta.

Loco de rabia y de furia, Dumbar corrió hacia la galería adyacente.

Cuando sus compañeros llegaron hasta él, contemplaron el piso de roca desnuda y un billete de cincuenta dólares, húmedo y rasgado, adherido en el muro de la galería.

Pálidos, desencajados, se miraron entre sí. No hacían falta palabras. Todos comprendían lo ocurrido: las turbulentas corrientes líquidas habían arrastrado la arena y puesto al descubierto las cajas que contenían el dinero. Luego la furia desatada de las aguas lo había destruido y arrasado todo...

—Era demasiado hermoso. Increíble —murmuró Dick Horton, con tristeza.

—Pero, ¿no es posible! —gritó Briam, demudado. Y echó a correr, galería adelante.

Los demás le siguieron aprisa. A veces, recogían del suelo un fragmento de billete mojado. A medida que avanzaban escuchaban un fragor creciente.

Y bruscamente se detuvieron cuando Briam exhaló aquel grito. Mudos de espanto, contemplaron la enorme masa líquida que se precipitaba desde las alturas hasta el fondo de un profundo pozo natural. Silenciosos, inmóviles, permanecieron allí unos minutos contemplando el pavoroso espectáculo. Luego volvieron sobre sus pasos y salieron a la luz del día.

Sin pronunciar una palabra, subieron al *jeep*. Dumbar arrancó y condujo despacio a lo largo de la trocha.

Hacia las once de la mañana, el «jeep» se detuvo en un restaurante de carretera.

—Aún me quedan unos centenares de dólares —dijo Dumbar, con una sonrisa triste—. Os invito a desayunar.

Caminaron hacia el bar, cada uno abstraído en sus propios pensamientos. No se miraron ni hicieron ningún comentario mientras bebían el café o masticaban unos «croissants».

De repente, el pequeño Horton se cayó de su taburete. Congestionado, con un pedazo de «croissant» entre los labios, agitaba sus cortos brazos espasmódicamente.

Entre Dumbar y Briam lo pusieron en pie. Horton manoteaba y señalaba con ademanes grotescos el periódico que había estado hojeando, mientras O'Brien le golpeaba rudamente en la espalda imaginando que se había atragantado.

Y al fin, Dick logró murmurar.

—¡Socio, socio! ¡El... las... el., «Grand Prix»! ¡Ganó... «Alpha»!

—¿Qué dices?

Dick brincó como un chiquillo, giró sobre sí mismo, puso los ojos bizcos, se llevó dos manos a la nariz, silbó, tosió y finalmente lanzó una carcajada interminable.

Briam se inclinó sobre el periódico, Y palideció más de lo que ya estaba.

—¡Dick tiene razón! Ese penco, «Alpha», ganó ayer el «Grand Prix». ¡Y el boleto se paga a... mil seiscientos dólares! —gritó.

Halley le arrebató el periódico de un manotazo. Y todos juntos, en pelotón, devoraron más que leyeron la página de deportes.

Era cierto. «Alpha» había ganado por tres cuerpos a su inmediato seguidor.

—¡Los boletos, socio! ¡Te los di a ti! —chilló Dick.

Dumbar introdujo una mano en su anorak y sacó el grueso fajo de apuestas. Contaron los boletos uno a uno, suspendida la respiración.

—Dos millones trescientos cuarenta mil dólares —dijo Sean, pasmado de estupor.

* * *

Todo estaba liquidado ya.

Dumbar había pagado a sus camaradas, incluido Alexander York. El financiero había arrugado el ceño cuando Sean le entregó el maletín con trescientos noventa mil dólares.

—Habíamos acordado un millón —recordó.

—Sean dejó escapar una carcajada. Y le contó el incidente de la caverna de Rowles Pike, ante lo cual York se mostró comprensivo.

El asunto estaba liquidado. Se había cumplido la venganza, había ganado milagrosamente una pequeña fortuna.

Sólo faltaba Deane.

Dumbar había abierto una cuenta bancaria a su nombre — precisamente en el Lindsay Bank— con ciento noventa mil dólares.

A las nueve de la noche, la furgoneta de Dumbar se detuvo cerca de la residencia Ambler.

Bajó y se dirigió directamente hacia la residencia. El vestíbulo estaba vacío. Dumbar empujó la puerta, entró sin hacer ruido y caminó hacia el panel donde estaban empotrados los buzones de correspondencia.

Dudó un segundo. Luego, decidido, introdujo el sobre en el buzón marcado con las palabras «Señorita Deane Gates».

Ya se volvía cuando escuchó aquella voz.

—Buenas noches, Jonnie.

Giró de un respingo. ¡Deane!

Trató de huir, pero ella le aferró por un brazo.

—Hace mucho tiempo que te esperaba, Jonnie. ¿Por qué tanta prisa ahora? —exclamó ella, fría como un témpano de hielo.

—No me llamo Jonnie Jones, sino Sean Dumbar. Y no soy agente de seguros, sino camionero.

—Tampoco eres escritor, ¿verdad? En realidad, ¿has dicho alguna vez una sola verdad? —Deane había introducido un llavín en la cerradura de su buzón.

—Buenas noches, Deane —gruñó Sean, atolondrado—. Tengo prisa.

Y escapó.

Pero ella le alcanzó cuando subía a la furgoneta. De un tirón abrió la portezuela y se sentó junto al hombre, que arrancó salvajemente sin pronunciar una palabra.

Deane rasgó el sobre y echó una ojeada a su contenido.

—Una cuenta de ciento noventa mil dólares —pronunció, mordaz—. ¿Es mi parte en el atraco?

—No. Gané ese dinero en las apuestas. Ya sabes, el «Grand Prix»...

—Eres cínico, además de falso e hipócrita. Me has engañado, me has mentido constantemente, te has burlado de mí, de mis sentimientos, has arruinado a un hombre decente como Bruce Packard. ¡Y ahora dices que este dinero viene de las apuestas! —barbotó ella, en el paroxismo de la furia.

Con el fin de paliar sus gritos, Dumbar conectó la radio.

—Te equivocas, Deane. Yo te amo, pero...

—¡Mientes! —gritó ella, ardientemente—. Mientes como siempre. Porque eres un ser frío, indiferente, egoísta...

—Hablemos con calma —suplicó él—. Te contaré toda la verdad acerca de Bruce Packard. Lo sabrás todo...

—¡NO! Urdirías una mentira sobre otra, volverías a engañarme. Porque sólo eres un pobre egoísta.

—¡Calla! —gritó él enérgico. Y Deane calló. Dumbar prestaba atención a la radio.

—...Muy urgente. El doctor Bannister y su equipo de quirófano nos ruegan que trasmitamos esta llamada angustiada. Se necesita un donante de sangre que posea el grupo «O» Rh negativo. Un hombre, víctima de un accidente, está a un paso de la muerte en el Hospital Central. Esta es una llamada al corazón de las

personas generosas...

Dumbar apagó el cigarrillo y miró a Deane.

—¿Dónde está el Hospital Central? —preguntó

—A dos manzanas de aquí. Pero ¿qué tiene que ver eso con...?

—Nada. Soy un falsario, un hipócrita, un cínico y un egoísta, pero mi grupo sanguíneo es «O» Rh negativo —respondió Sean.

* * *

—; Pase, pase! Le haremos las pruebas —dijo el auxiliar.

—No es preciso. Soy donante de sangre. Esta es mi tarjeta —respondió Dumbar.

—Magnífico. Realizaremos la transfusión inmediatamente. El señor Packard se está muriendo...

—¿Packard? —las facciones de Dumbar se tensaron.

—Sí, Bruce Packard. Su coche se estrelló contra un camión —explicó el auxiliar sanitario—. Su pecho se hundió contra el volante. Tiene el esternón partido y diez costillas fracturadas, pero lo peor es la tremenda hemorragia... Por fortuna, está usted aquí.

—Escuche, si se trata de Packard, yo no... —exclamó Dumbar violento.

Pero Deane posó una mano sobre su hombro y le miró suplicante.

—Está bien —gruñó Sean—. Vamos cuanto antes.

Media hora después, Dumbar se reunió con Deane en el pasillo.

Le habían regalado un encendedor de oro y se habían mostrado muy amables con él. Packard podría salvarse.

—Voy a anotar su nombre. Quiero que el señor Packard sepa quién es el hombre que le ha cedido generosamente su sangre —le había dicho el doctor Banniester.

—Bien. Anote: Jonathan Jones. ¿Ya está? Buenas noches, doctor.

—Buenas noches, señor Jones. Feliz descanso.

Deane le tomó por la mano y le presionó cálidamente los dedos.

—¿Adónde vamos? —preguntó él, indeciso.

—Al hotel. Tienes que contarme muchas cosas, Sean. Estaremos charlando toda la noche —respondió ella.

Y se puso de puntillas y le besó tiernamente en los labios.

Dumbar sonrió.

Ahora sí. Ahora todo estaba liquidado. Definitivamente.

¡En calidad de novedad
exclusiva!

M. L. ESTEFANIA

El mundialmente famoso
autor brinda a sus
lectores la posibilidad
de saborear sus mejores
relatos en las Colecciones...



**CENTAURO Y
OESTE
LEGENDARIO**

¡Cada título, un vendaval
de emoción! Y atención:
¡Son primeras ediciones!

*Asegure
su
ejemplar*

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO
EN ESPAÑA 30 PTAS.

Impreso en España